



“Postreras aportaciones jesuíticas y expansión hacia la Alta California (1735-1777). Rivalidades internacionales en torno al noroeste del Nuevo mundo”

p. 133-164

Miguel León-Portilla

Cartografía y crónicas de la Antigua California

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VI

POSTRERAS APORTACIONES JESUÍTICAS Y EXPANSIÓN HACIA LA ALTA CALIFORNIA (1735-1777). RIVALIDADES INTERNACIONALES EN TORNO AL NOROESTE DEL NUEVO MUNDO





Heterogénea podrá parecer la temática de este capítulo. Sin embargo, los hechos que en ella se abarcan —acontecidos a lo largo de cerca de sesenta años, desde la década de los treinta del XVIII hasta poco antes de concluir ese siglo— se relacionan todos de maneras distintas pero siempre convergentes. Es cierto que la historia de las exploraciones de los jesuitas en la antigua California y de sus aportaciones cartográficas acerca de ella quedó trunca en el capítulo anterior, puesto que tales actividades no se interrumpieron sino hasta principios de 1768 cuando los miembros de esa orden salieron expulsos. Podría pensarse, por consiguiente, que es arbitrario iniciar aquí una especie de nuevo periodo.

Ahora bien, al distribuirse en estos dos capítulos la recordación de lo aportado por los jesuitas en materia de exploraciones y cartografía californianas, lo que en realidad se busca es destacar que sus quehaceres se desarrollaron en dos contextos históricos muy diferentes. Lo alcanzado desde la primera entrada de Kino en 1683 hasta el viaje de Ugar-

te a las bocas del Colorado en 1721, además de otras exploraciones algo posteriores, tuvo lugar en una época en que aún prevalecía en California un relativo aislamiento respecto del mundo exterior, es decir de lo que no fuera la Nueva España o lo español en general.

En cambio, coincidiendo ya con la primera expedición en 1746 de otro jesuita, Fernando Consag, a las bocas del Colorado —de la que se derivó un mapa que tuvo muy amplia difusión— se deja sentir una creciente presencia en el ámbito del noroeste del Nuevo Mundo de intereses extranjeros que amenazan con alterar la situación hasta entonces prevalente.

Por supuesto que, desde mucho antes, algunos piratas y otros navegantes, principalmente ingleses y holandeses, se habían mostrado decididos a poner en entredicho la pretensión española de soberanía absoluta en la mar del Sur y, por tanto, en los territorios bañados por el Pacífico en el noroeste de la América Septentrional. Para percatarse de



Figura 70. Derrotero de las exploraciones de Fernando Consag.

esto basta con aducir los nombres de Francis Drake, Thomas Cavendish, Joris van Spilbergen, Woodes Rogers y George Shelvocke. Sólo que, a medida que avanzaban las técnicas de navegación, los propósitos extranjeros de penetrar y asentarse en lo que los españoles consideraban era dominio suyo, se tornaron más visibles e insistentes. Más aún, además sobre todo de las pretensiones de Inglaterra, comenzó a tenerse noticia en la corte de Madrid, gracias a su embajada en San Petersburgo, de que también los rusos amenazaban ya con fundar establecimientos, desde Kamchatka, en tierras del Nuevo Mundo.

De esta suerte las últimas décadas de actividad de los jesuitas en la antigua California vinieron a coincidir con este nuevo contexto en el que la corona española, preocupada cada vez más, hubo de decidirse a promover otros avances al norte en el ámbito de lo que vagamente se consideraba como “las Californias”. Así, lo último que alcanzaron a aportar los jesuitas con sus exploraciones y cartografía fue antecedente, el más inmediato, y a veces también acicate, para las nuevas formas de penetración. Estas, des-

de luego las hispano-mexicanas por un lado y, por otro, las inglesas y las rusas se incrementaron entonces y, en relativamente poco tiempo, no sólo alteraron el escenario geopolítico del noroeste de América sino que, desvanecido para siempre el error de concebir a California como una isla, fueron poniendo al descubierto el perfil del litoral del Pacífico americano septentrional. La imagen de la *ecúmene* comenzó a completarse. Se conoció ya aquello que Colón y otros muchos hubieran querido saber, el que las tierras descubiertas más allá del Atlántico estaban por completo separadas del continente asiático, con sólo una reducida zona de aproximación en el extremo norte, pero separadas, sin género ya de duda, por un estrecho.

Una diferente cartografía que comenzó a difundir Guillaume De L’Isle

Antes de atender a las nuevas expediciones emprendidas por los jesuitas para desvanecer toda duda respecto de lo señalado ya por el padre Kino —la peninsularidad de California— importa enterarse de las formas en que ésta se delineaba a principios del siglo XVIII en la cartografía universal. Vimos en el capítulo anterior que en no pocos mapas, incluso en algunos posteriores a 1740, California continuó apareciendo como isla. Hubo, sin embargo un distinguido cartógrafo francés, Guillaume De L’Isle, nacido en 1675 que, desde 1700, empezó a introducir una diferente representación de California.

En comunicación que dirigió a su antiguo maestro, el también cartógrafo, Jean Dominique Cassini, expresó De L’Isle las dudas que tenía acerca del perfil geográfico de California. Por ello, en una carta de América del norte que publicó en 1700, con gran cautela, al delinear el golfo de California, lo dejó sin cerrar hasta cerca de 35° y no marcó ya qué es lo que podía haber más al norte. Aunque la costa del Pacífico se prosigue allí hasta cerca de 44°, nada se expresa sobre regiones más septentrionales.

Es interesante notar que otro cartógrafo, Jean Baptiste Nolin, se pirateó la novedad introducida por Guillaume De L’Isle, lo que dio lugar a pública demanda. El ulterior conocimiento que tuvieron De L’Isle y Nolin de los mapas de Kino habría de mover luego a ambos a aceptar plenamente en sus cartas



Figura 72. Otro mapa derivado de la expedición de Consag de 1746. En él se abarca, con una escala “de leguas españolas y francesas”, desde 27° hasta 33° y algo más. La desembocadura del Colorado aparece situada en 33°, es decir aproximadamente un grado arriba de la realidad. De este mapa sacó copia el padre Marcos Burriel para incluirla, con algunas modificaciones, en la obra *Noticia de la California por Miguel Venegas*, publicada en Madrid, 1757. También de este mapa proviene otra copia dispuesta por el jesuita Pedro María Nascimben.

que se requiere para el fomento misional, se solicita del monarca “que ordenara se averigüe si California es o no isla”.¹ Esta última petición, vista a la luz de todo lo que ya se había realizado, precisamente por jesuitas, en particular por Kino y Ugarte, se antoja en verdad paradójica. Estaba por concluir la primera mitad del siglo XVIII, e incluso en la mente de hombres, que puede suponerse de amplia preparación como el provincial de los jesuitas, perduraba la duda acerca del perfil geográfico de California.

Consecuencia de la enunciada incertidumbre, que venía a condicionar el avance de las misiones hacia el norte fue que se comisionara en 1746 al padre Fernando Consag, oriundo de Croacia, llegado a California en 1732

y que laboraba a la sazón en la que era la misión más al norte, San Ignacio Kadakaamán. Hombre de gran determinación, Consag dispuso lo necesario para emprender su salida con rumbo al norte. En esta primera expedición se valió de las que describe en su *Derrotero* como “cuatro canoas”, significando con esto probablemente cuatro embarcaciones de poco porte. Iban con él seis soldados y un grupo de indígenas, parte cochimíes y parte yaquis. La salida fue desde las playas de San Carlos que, al decir del propio Consag, “está en latitud boreal de 28°”.²

La expedición se desarrolló a lo largo de aproximadamente mes y medio. En su derrotero va notando Consag los incidentes de la

¹ Carta del padre provincial de la Nueva España a su Majestad, 30 de noviembre de 1745, *Archivo General de Indias*, Audiencia de Guadalajara, 107.

² “Derrotero del viaje que en descubrimiento de la costa oriental de California en donde se acaba su estrecho hizo el padre Fernando Consag . . .”, en Venegas, *Noticia de la California . . .*, t. III, p. 91.

navegación. Habla así de los trabajos que experimentaron al “montar la punta de San Gabriel y Salsipuedes, muy temida de los navegantes . . .” Interesante es el descubrimiento de

diversas fuentes de agua caliente, cerca de unos paredones blancos y en su remate colorados. En plena mar las llena y cubre ésta y, baja la marea, se descubren unas peñas cóncavas, en donde están, y por el medio de limpiarlas, brota el agua fuera de estas fuentes que son cuatro . . .³

Tal descubrimiento ocurrió como puede inferirse, adelante ya de la isla de San Lorenzo, es decir en una latitud cercana a los 30°. Atendiendo al mapa que elaboró Consag como fruto de esta expedición, podemos enterarnos de que pasó luego frente a las bahías que se designan ya en su carta como de Las Ánimas y los Ángeles. De ésta ofrece amplia información y consigna que “es bien capaz y de buen fondo para todo género de embarcaciones. Tiene agua en una loma . . . es buena y, por estar en lugar eminente, se puede fácilmente a donde quiera llevar . . .”⁴

La expedición continuó, pasando frente a la bahía de San Luis Gonzaga, para llegar luego al que se nombra puerto de San Felipe de Jesús, situado en poco más de 31°. Más al norte, nota Consag en su *Derrotero*, que “viéronse muchos berrendos o cabras monteses y muchos carneros de la tierra . . .” Cerca se localizaron algunos géiseres que describe así el explorador jesuita: “el agua hierve de caliente, arroja de sí humo y hedor de azufre”.⁵

Por fin estuvieron cerca del desemboque del río Colorado. Indicio de la proximidad del mismo fue que, siendo ya el 11 de julio,

dimos en unos pantanos colorados de donde inferimos estar ya en el desemboque del río Colorado. Navegamos hasta la tarde, habiendo tentado por varias partes llegar a tierra, pero en vano, porque los pantanos no sólo embarazaban a las canoas acercarse a la playa, mas también a los que intentaron salir a pie. Esta dificultad nos hizo echar las anclas y dar fondo enfrente de una isla que hace de estero arqueado al fin del estrecho. El agua es ya diferente de la del mar, y de calidad tan acre y maligna, que les quita el pellejo a los que se mojan con ella.⁶

³ *Ibid.*, p. 95.

⁴ *Ibid.*, p. 99.

⁵ *Ibid.*, p. 111.

⁶ *Ibid.*, p. 114-115.

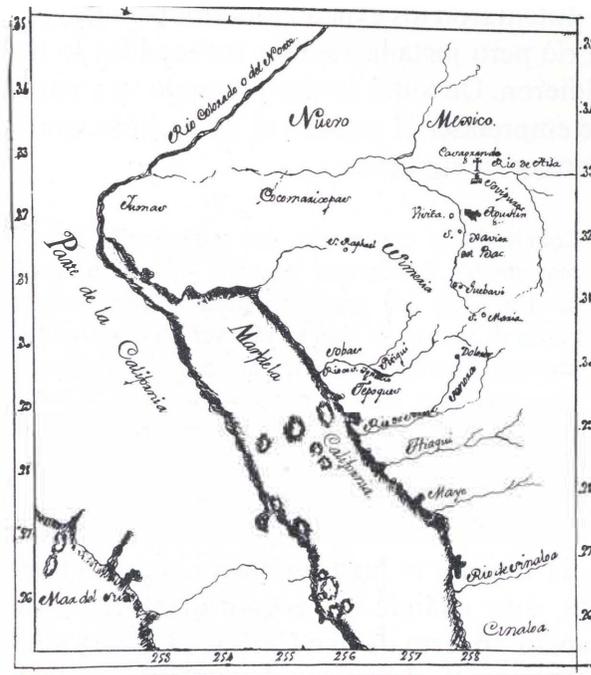


Figura 73. Muestra del interés que había entre los misioneros jesuitas de California por difundir lo descubierto por ellos tocante al carácter peninsular del territorio donde laboraban, lo ofrece este mapa dispuesto por el padre Sigismundo Taraval a raíz de la expedición de Fernando Consag (1746). (Se conserva en la Biblioteca Huntington, San Marino, California.)

Después de otra serie de peripecias y momentos de gran peligro, se prosiguió al acercamiento al río. Consag describe que en su boca “está la mencionada isla casi triangular que divide sus aguas en dos brazos, el uno de Californias y corre para el norte, y el otro, de la otra banda, para el noroeste.”⁷ El reconocimiento mostró luego que en la desembocadura eran tres las islas, lo que es correcto y son las que se nombran hoy Pelicano, Montague y Gore. Refiriéndose, como lo habían hecho los capitanes Francisco de Ulloa, y Hernando de Alarcón (1539-1540) y, bastante más tarde, el padre Juan de Ugarte en 1721, a las grandes turbonadas que se dejan sentir en ese lugar, nota que

se quedaron varadas las canoas y cuando subió la marea fue con tanto ímpetu y pujanza de las olas y resaca que aquella canoa que había quedado apartada de las otras . . . se volcó sin poderse remediar con la repetición de las vueltas que hacía dar la violencia de las ondas . . .⁸

⁷ *Ibid.*, p. 116.

⁸ *Ibid.*, p. 117.

Intentaron los expedicionarios penetrar por el río pero justamente esas turbonadas lo impidieron. De todas formas, estando ya a punto de emprender el regreso el 25 de julio, anota Consag lo siguiente:

Concluida la expedición del registro del seno o mar de las Californias hasta el último término, se dirigieron las proas no para volver en derecha al puerto de donde salimos sino a registrar algunos puertos que a la ida, por las ocurrencias circunstancias, no se pudieron esperar. Quince hombres anduvieron algo por tierra, dieron razón de la situación del estero, que está en la punta de los pantanos y está demarcado en el mapa . . .⁹

El retorno se hizo sin mayores contratiempos, aun cuando, al encontrarse en el que llaman “puerto de San Carlos”, Consag pudo enterarse allí de que, en la misión de Loreto, había corrido la noticia de que indígenas infieles habían “muerto a los expedicionarios”. Declara asimismo Consag que realizó este viaje de exploración para registrar el seno californio, en cumplimiento de la real orden y para informar de las características geográficas de las Californias, que eran precisamente las de una gran península.

El mapa que dispuso y que ostenta la fecha de 1746 iba a ejercer muy grande influencia, aun a pesar de que todavía algunos se mantuvieron en actitud dubitante. Tal fue el caso nada menos que de los bien conocidos marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa que en un “Parecer” expusieron “las razones que se ofrecen [teniendo a la vista la información de Consag] en oposición a la certidumbre de que el mar de California no tenga salida por la parte del norte y que, en consecuencia de ello, sea península y no isla”.¹⁰ No obstante oposiciones como ésta y otras que podrían citarse, el hecho es que tanto el *Derrotero* de Consag como este mapa y otro de 1747 se fueron abriendo camino. Otro misionero en California, Pedro María Nascimben, preparó poco después una copia del segundo de estos mapas. De estas cartas se derivaron las que el ya antes mencionado Andrés Marcos Burriel incluyó en la edición que preparó del manuscrito de Miguel Venegas, *Empresas apostólicas . . .*, que vio la luz en Madrid, 1757. Como la obra de Venegas-Burriel, con

el nuevo título de *Noticia de la California*, pronto fue objeto de traducción al inglés, francés, holandés y alemán, a través de esas publicaciones el trabajo cartográfico de Consag comenzó a influir en la cartografía europea. De hecho distintas copias del mapa original o del dispuesto por Nascimben y de los preparados por encargo de Burriel, se conservan en repositorios tan importantes como el Archivo General de Indias en Sevilla y el Museo Británico. Con apoyo en la misma carta se preparó luego la que se incluyó en la edición *princeps*, en italiano, de la *Historia de California* de Francisco Xavier Clavijero (1789). Otro tanto ocurrió con uno de los mapas que, para ilustrar las varias delineaciones de que había sido objeto California—como isla o península— se presentó en el *suplemento*, carta quinta, de la *Encyclopédie Française* (1780).

Otras dos expediciones llevó a cabo Consag. En una su objetivo fue cruzar la sierra en latitud lo más alta posible para explorar luego el litoral del Pacífico. En su mente, además de la localización de grupos indígenas y sitios para establecer misiones, bullía también el tantas veces reiterado empeño de hallar un buen puerto. En la otra de sus salidas la intención fue recorrer por tierra, avanzando hacia el norte cerca de las costas del mar de Cortés.

Saliendo de su misión de San Ignacio Kadakaamán—hasta entonces la más norteña— se dirigió a un lugar que, desde años antes le era ya conocido, y al que había dado el nombre de “La Piedad”. Se hallaba éste a poco más de 28° y a una distancia aproximada de seis leguas respecto del mar. Dicho sitio, reconocido como adecuado para una nueva misión, sería en efecto el escogido, en 1752, para fundar allí la que se nombró de Santa Gertrudis.

En compañía de Consag iba el capitán Fernando de Rivera y Moncada, que se distinguió más tarde en la historia californiana y llegó incluso a gobernador cuando se establecieron los franciscanos en la Alta. Al decir de Miguel del Barco, además de algunos soldados, iban

también más de cien indios cristianos, parte de San Ignacio y parte de los confinantes con la gentilidad, así para tener gente con que componer con brevedad los malos pasos que se ofreciesen para pasar las bestias de carga y silla, como principalmente para que, si encontrasen indios

⁹ *Ibid.*, p. 118.

¹⁰ Se conserva este “Parecer” en *Archivo General de Indias*, Audiencia de Guadalajara, 107.

bravos que quisiesen hacer armas contra ellos, viendo tanta gente junta y armada, no se atreviesen a agredirlos . . .¹¹

Marchando hacia el noroeste, pronto se toparon con la sierra que hasta hoy se llama de Calmallí. Después de superar no pocas dificultades, llegaron a un punto desde cuya altura se divisaba el Pacífico. Como lo nota el citado padre Barco, hallándose Consag algo más al norte de 29°, comenzó a ver

un árbol que no se halla semejante en toda la California cristiana . . . Y porque se ven muchos, cerca unos de otros, y subir muy altos, derechos y sin rama alguna ni copa, les dieron nuestros caminantes el nombre de cirios. Los naturales del país les llaman *milapa*.¹²

Bajando luego de la sierra, llegó el grupo a las costas del Pacífico. Allí se estableció contacto con varias rancherías de indígenas. El relato de Consag recoge múltiples peripecias y describe lo que se alcanzó a descubrir. Continuando ya hacia el sur, pudo explorarse una parte de los litorales de la bahía que hoy se llama de Sebastián Vizcaíno. Desde allí contempló Consag la isla de Cedros. A mediados ya de junio, o sea más de un mes después de su salida, no pocos de los indígenas acompañantes enfermaron o se mostraron en extremo fatigados. Consag dispuso el regreso. Resultado de esta jornada fue conocer lugares antes nunca visitados, así como enterarse de la existencia y variedad de costumbres de los nativos con que se fueron topando. También se supo desde entonces que, hacia los 29°, había algunas colonias de nutrias. Respecto, en cambio, del buscado puerto, nada pudo encontrarse que reuniera las condiciones necesarias.

Después ya de fundada la misión de Santa Gertrudis en 1752, con el padre Jorge Retz al frente de ella, decidió Consag emprender nueva expedición. Según lo consigna Barco —que estuvo bien enterado en su calidad de Visitador, cargo que desempeñaba desde 1751— se sabe que el propósito de tal salida fue buscar sitios para el avance misional y corroborar, por tierra, lo antes descubierto por mar. Consag salió con Rivera y Moncada en la primavera de 1753. Así llegó hasta la bahía de los Ángeles en 29°, que le era ya

conocida desde 1746. Aunque habían estado cerca de un lugar llamado entre los indígenas Adac —sede de la futura misión de San Borja— sin enterarse de su existencia, pues marchaban más próximos a la costa, pasaron adelante.

Al decir de Barco, el punto más septentrional que alcanzaron fue “a los 30° 54’”.¹³ De ser así, Consag llegó a explorar la bahía de San Luis Gonzaga y estuvo cerca del que conocía, también desde 1746, como puerto de San Felipe. Debido a que tanto los indígenas auxiliares como las bestias de carga y silla se encontraban exhaustos, hubo que emprender el regreso.

Valorando lo alcanzado por Consag en sus tres expediciones, puede decirse que en tanto que en la de 1746, al llegar hasta el desemboque del Colorado, confirmó la idea del carácter peninsular de California, con las otras dos exploraciones obtuvo nuevos conocimientos acerca de los rasgos geográficos y principales accidentes de la costa del Pacífico hasta algo más de 29° y del litoral del golfo de California hasta más allá de 30°. Además, su entrada por la sierra le permitió conocer uno de los pasos para cruzarla y otras características de la región como la de los bosques del tan peculiar árbol llamado “cirio”. Y de modo muy especial quedó como aportación en extremo importante la del mapa que, al ser reproducido en múltiples obras, coadyuvó a que, relativamente poco tiempo después, se desechara para siempre el error de la insularidad de California.

Es de interés añadir aquí que precisamente por los años en que Consag realizó sus expediciones, otro misionero de la Pimería Alta, el bávaro Jacobo Sedelmayer volvió a explorar parte de los territorios por los que había andado antes el padre Kino. Los propósitos de Sedelmayer eran muy semejantes a los de su ilustre predecesor. Quería él también hacer viable la comunicación por tierra, desde la Pimería a California. Así en 1744, siguiendo el curso del río Gila, llegó hasta su confluencia con el Colorado. De allí avanzó al norte hasta el hoy conocido como “Bill River”. Cinco años después, tomando un derrotero distinto, desde la sierra de Sibuque, volvió a seguir el curso del Gila hasta su referida confluencia. En esa ocasión estableció con-

¹¹ Barco, *op. cit.*, p. 273.

¹² *Ibid.*, p. 275.

¹³ *Ibid.*, p. 285.



Figura 74. Exploraciones rusas en el extremo noroeste de América.

tacto con los indígenas yumas. Consta que Sedelmayer preparó varios mapas que complementaron, desde la perspectiva geográfica de Sonora, lo aportado por Consag que había navegado por el litoral californiano hasta llegar a las bocas del Colorado.

Todavía iban a disponer los jesuitas una última expedición que, al decir del cronista Barco, descubriera

pasajes en que poder establecer misiones. Y juntamente se haría más patente al mundo la unión de la California con el continente de la América, sin haber mar alguno ni estrecho que las separe, cosa que, se había sabido, dudaban aún algunos en Europa, aún después de los viajes hechos por los padres Kino, Ugarte y Consag . . .¹⁴

Antes, sin embargo, de atender a esa expedición —que fue la emprendida en 1766 por el padre Wenceslao Linck— importa volver la mirada a otros avances y penetraciones de índole muy distinta. La referencia es a las noticias de la aparición por el norte, en el ámbito noroeste del continente america-

no, de gentes de procedencias muy lejanas. El asunto, aunque a primera vista puede tenerse como ajeno al tema que nos ocupa, guarda relación con él. Las penetraciones de que vamos a tratar, por una parte contribuirían al conocimiento del perfil geográfico del noroeste de América y, por otra, provocarían nuevos avances desde la California conocida hacia el septentrión y luego también una serie de viajes de exploración.

Los rusos entran en escena

Personajes centrales en esta historia fueron, además de algunos marinos rusos como Peter Chirikow, varios navegantes, geógrafos y cartógrafos de diversas nacionalidades, pero al servicio de Rusia. Como antecedente de lo que fue su actuación debe recordarse que, desde mediados del siglo XVIII, los rusos habían penetrado ya considerablemente en los vastos territorios de Siberia. Cuando descubrieron e hicieron suya la península de Kamchatka, en ella tomaron punto de partida para ulteriores avances.

¹⁴ Barco, op. cit., p. 338.

Así como para los españoles y otros europeos, al igual que para los novohispanos, también para los rusos seguían siendo una incógnita las realidades geográficas de los extremos noreste del Asia y noroeste de América. Ni unos ni otros conocían a principios del siglo XVIII si ambos continentes se unían en esas altas latitudes ni hasta qué longitudes llegaban. Ahora bien, al igual que a los españoles —que tanto se habían afanado por descubrir el perfil real de California— también a los rusos interesaba saber hasta dónde podían alcanzar en sus afanes de expansión en las inmensidades del Asia.

Un primer intento de exploración tuvo lugar en 1728, por órdenes del Zar Pedro el Grande pero gobernando ya, después de su muerte, su esposa Catalina I. En ese año, zarpando desde Kamchatka, el danés al servicio de Rusia Vitus Behring y Peter Chirikow, lograron penetrar al océano Ártico a través de un estrecho, que fue el que hoy lleva el nombre del primero. Consecuencia de esa travesía fue la elaboración de un mapa dispuesto por Behring. Al parecer ese original sirvió de base para que en 1735 el padre Jean Baptiste du Halde en su *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'Empire de la Chine et de la Tartarie Chinoise*, incluyera una carta preparada por J. B. D'Anville en que se delineaba lo descubierto por Behring y Chirikow.

Lo aportado por ese primer viaje de Behring, que desde luego no desvanecía la duda de si el estrecho descubierto separaba realmente a los dos continentes —pues cabía pensar en una unión de los mismos más al norte— fue objeto de la atención de varios cartógrafos. Entre ellos sobresalen los hermanos franceses Joseph Nicolas y Louis De L'Isle, hijos del ya mencionado Guillaume, que laboraban en San Petesburgo al servicio de Rusia. Ahora bien, estos hijos de Guillaume De L'Isle, al heredar de él su interés por la cartografía, vinieron a encontrarse, por obra de lo descubierto por Behring, ante una problemática que se enlazaba directamente con lo que había sido objeto de la atención de su padre: los enigmas del noroeste del Nuevo Mundo y las relaciones de éste con el Asia.

Tan grande fue el empeño que demostraron los hermanos De L'Isle por lo alcanzado por Behring que uno de ellos, Louis, se embarcó cuando se organizó otra expedición en

1741. En tanto que Behring comandó uno de los dos navíos, Chirikow y De L'Isle navegaron en el otro. Trágicos fueron los resultados del viaje ya que en él perdieron la vida Behring y Louis De L'Isle. El primero al estrellarse su barco contra una isla cerca de las costas americanas en latitud cercana a los 56°. Los de la otra embarcación regresaron, pero ya sin De L'Isle que murió de escorbuto.

Digno de notarse en este contexto es que nada menos que el varias veces mencionado padre Andrés Marcos Burriel —que tuvo a su cargo revisar y corregir el manuscrito del libro de Miguel Venegas sobre las misiones de California— en el tercer volumen de la obra que publicó en Madrid, 1757, dé puntual cuenta de todo lo concerniente a estas expediciones hechas por los rusos y se ocupe asimismo de una memoria presentada por Joseph Nicolas De L'Isle, que había permanecido en San Petesburgo, acerca de los recientes descubrimientos en los que habían participado Behring y su propio hermano. En opinión de Burriel, esos hallazgos tenían mucho que ver con todo lo tocante a las realidades geográficas de las Californias y de lo que pudiera existir hasta el extremo norte del continente. En consecuencia, para elaborar Burriel uno de los mapas —el principal— que incluye en su obra, quiso tomar en cuenta y valorar críticamente lo expresado por De L'Isle, incluyendo lo representado en el mapa que éste había sacado a luz en 1752.

Con lo hasta aquí expuesto queda en claro que hombres como Burriel no sólo sabían de esas penetraciones de los rusos sino que percibían en ellas una importante relación con lo que se conocía acerca de las Californias. Por otra parte, desde algún tiempo antes de que se enterara de todo esto Burriel, también el secretario de Estado español, gracias a su embajador en San Petersburgo, tenía también noticias de lo que se consideraba un peligro o sea de lo que se interpretó ya como intentos rusos de fundar establecimientos en tierras americanas. Como habremos de verlo, tales noticias iban a influir bastante pronto en la determinación de avanzar hacia lo que es la Alta California para organizar en ella un sistema de asentamientos, básicamente de carácter misional, pero a la vez de protección y reafirmación de la soberanía española. Tal determinación iba a traducirse en hechos reales, no ya contando con los jesuitas, sino con

los franciscanos encabezados por fray Junípero Serra. A los jesuitas les quedaban ya escasos años de presencia en California. Sin embargo, aún pudieron realizar en 1766 una última exploración que fue antecedente y ayuda para la marcha de Serra al norte en 1769. De esa expedición y de la resonancia que tuvo la obra de Miguel Venegas, *Noticia de la California*, cuando, con sus varios mapas, apareció publicada por el padre Burriel en Madrid, 1757, trataremos en seguida.

La publicación de la Noticia de California, 1757, y la última expedición realizada por los jesuitas, 1766

Ya se ha hablado del amplio interés que mostró Burriel por complementar con un criterio científico la obra que, concluida en México desde 1734, se había confiado a su cuidado para que fuera publicada en España. Aceptando con responsabilidad lo que se le había encargado, no sólo aligeró el texto de aquello que tuvo por superfluo, como lo que tenía un tono de mera edificación religiosa, sino que reunió nuevos materiales para que su relato abarcara un lapso mayor. Se preocupó asimismo por hacer acopio de lo tocante a la geografía de California. Lo que allegó quedó incluido en los varios apéndices que integran el volumen tercero de la *Noticia de la California*. En su opinión:

Para que la noticia, que pretendo dar de la California, sea la más cumplida y la más útil a nuestra nación española que por ahora es posible, me ha parecido que no debo contentarme con el mapa particular puesto al frente de este volumen, y con lo que de su situación geográfica dije al principio de la primera parte; sino que también debo producir los documentos más seguros, que hasta ahora logramos sobre sus dos costas, interior y exterior, su golfo y su controvertida unión al continente de Nueva España; y dar también las noticias que hubiera de las islas, tierras y mares que tienen con la California conexión natural y política. La razón es sobradamente visible.¹⁵

Como se ve, entre los motivos que lo llevaron a su pesquisa geográfica, subsistía aún el de la insularidad o no de California. Expresa que “la California, mirada en sí misma,

es la tierra más infeliz, ingrata y miserable del mundo”.¹⁶ Y a continuación, después de mencionar el interés que despertó desde los tiempos de Hernán Cortés, se pregunta cuál es realmente la importancia de ese territorio, de modo especial para la corona española. Si ésta ejerce su imperio en otras muchas regiones de América, más ricas y fértiles, ¿por qué precisamente se piensa una y otra vez en la California?

En opinión de Burriel el principal interés de California radica en lo ventajoso de su situación. En seguida precisa en qué consiste tal atributo. Primeramente tiene

esencial conexión con las provincias que le son fronteras en el continente de Nueva España. Desde el cabo de Corrientes, y aun desde el mismo puerto de Acapulco hacia el norte, no pueden tener seguridad las costas americanas sobre el mar del Sur, mientras no estuviere sujeta a Dios y al Rey Católico, la California. No sólo no podrán los vecinos de estas costas gozar pacíficamente de la rica pesquería de perlas que ofrece el golfo californico; sino tampoco podrán traficar por mar de unas provincias a otras, desde Acapulco hasta el río Colorado.¹⁷

Y con gracejo dice que no se refiere al temor que, en plan de ataque, pudieran causar las tristes canoas de los californianos, sino a las incursiones de corsarios y piratas que han turbado el comercio de la mar del Sur. Por otra parte se pregunta también, ¿qué ocurriría si alguna potencia europea pretendiera erigir alguna colonia o fuerte en los litorales californicos? Si tal cosa sucediera —razona Burriel—, “sería muy grande el temor y riesgo del imperio mexicano”.¹⁸ Desde luego incluye también entre los motivos que confieren importancia a la posición de California el de misionar no sólo a sus indígenas, sino a todos aquellos otros que se encuentran en sus inmediaciones, sobre todo por los rumbos de los ríos Gila y Colorado y también más al norte. Hablar de esto lo lleva a ponderar la necesidad de avanzar ya hacia el septentrión hasta los puertos de San Diego y Monterrey y hasta el cabo Mendocino. Para lograr esto debe prestarse mayor atención a la California conocida, habilitar en ella puertos y colonias de pobladores, sin

¹⁶ *Ibid.* p. 12.

¹⁷ *Ibid.*, p. 13.

¹⁸ *Ibid.*, p. 16.

¹⁵ Venegas, *Noticia de la California*, t. III, p. 11.

lo cual los adelantamientos al norte carecían de base.

Y continuando con las razones que confieren importancia a California, se fija luego en los servicios que puede prestar y de hecho ha prestado al comercio con las Filipinas. Consta que los galeones que vienen de Manila necesitan hacer escala en su viaje, “que no la pueden hacer en otra parte que en la California . . .”¹⁹

Finalmente subraya que, fuera de todos esos motivos reconocidos ya desde tiempos antiguos, hay otros que mucho deben importar para el bien de la religión y del Estado. Esos motivos se derivan de las recientes incursiones de que se tiene noticia:

Los rusianos o moscovitas, cuyo vastísimo imperio se extiende hasta las últimas tierras del Asia más septentrional sobre el mar del Sur, no sólo han tratado de civilizar estos países, erigiendo fortalezas y colonias; sino también han formado astilleros y arsenales en aquellos parajes remotísimos, construido navíos, tripulado embarcaciones y reconocido en ellas sus propias costas; y también han emprendido y hecho navegaciones diferentes, con que han bajado en unas hasta las islas del Japón, y atravesado en otras el mar del Sur, hasta desembarcar en diversos parajes de las costas de nuestra América. En una de ellas, hecha el año de 1741, pusieron pie a tierra los rusianos en cincuenta y cinco grados y treinta y seis minutos de latitud de esta costa, es decir, en un sitio que sólo dista poco más de doce grados del cabo Blanco, último término conocido hasta ahora de nuestra California. ¿Por qué no podrán bajar en otras navegaciones los rusianos hasta el mismo cabo Blanco, y aun hasta el cabo de San Lucas, si la California se abandonara por los españoles?²⁰

Después de preguntarse, con cierta ironía, si convendría que los moscovitas fueran vecinos de México e instruyeran a los indios en el rito griego, atiende al que considera el otro gran peligro, el de las porfiadas tentativas de los ingleses para penetrar también en California. Para Burriel esos intentos, además de los que se tradujeron en incursiones piráticas por el Pacífico, provienen de la serie de expediciones intentadas por súbditos de Inglaterra para hallar un pasaje a la mar del Sur desde aquella del norte, es decir desde el Atlántico hasta el Pacífico. Se

¹⁹ *Ibid.*, p. 16-17.

²⁰ *Ibid.*, p. 19.

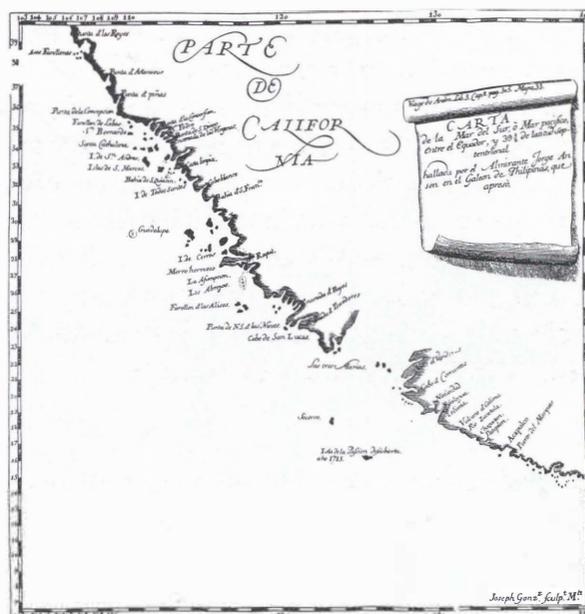


Figura 75. La copia del mapa que el corsario George Anson encontró en un galeón español capturado por él, en 1743. Esta copia es la que dispuso Burriel para incluir en su edición de la Noticia de la California (1757). Las costas septentrionales de ésta se continúan hasta más allá de 39°.

refiere obviamente Burriel a las interminables búsquedas de lo que muchos llamaban el “Estrecho de Anián” o paso del norte. En conclusión destaca una vez más que, por su situación en el noroeste de América, California tiene importancia trascendental para la monarquía española y para la Iglesia católica. Ahora bien, difícilmente podrán llevarse a cabo auténticos adelantos en los inmensos territorios septentrionales, considerados muchas veces prolongación de las Californias, mientras no se tenga noticia cierta de su perfil geográfico y de las principales características de su configuración orográfica, recursos, fauna, flora y poblaciones aborígenes. Por todo esto, para servir así de la mejor manera a su monarca y a las autoridades eclesiásticas, manifiesta que se ha afanado por reunir cuantas cartas geográficas le ha sido posible y cuantos informes y testimonios ha tenido a su alcance, incluyendo por supuesto los de los misioneros jesuitas, como Kino, Ugarte y Consag. De hecho en su obra cita varios de esos testimonios y cartas. Pero además de esto, nos dice,

he tomado el trabajo de disponer . . . un mapa general de la América Septentrional, parte de la meridional, toda el Asia oriental hasta Bengala, y del espacioso mar del Sur que media entre las



Figura 76. El mapa que se incluyó en la edición dispuesta por Andrés Marcos Burriel de la obra de Miguel Venegas, *Noticia de la California...*, 3 v., Madrid, 1757. De éste se derivan, como ya se notó, los de Isaak Tirion (Amsterdam, 1765) y de Ramón Tarrós (Venecia, 1788). Las viñetas en los márgenes muestran lo que se pensaba de la fauna californiana y de las formas de vida de sus habitantes, incluyendo sus actuaciones violentas cuando, en 1734, dieron muerte a dos jesuitas, los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral.

dos partes del mundo, sobre las memorias más seguras, así antiguas como recientes.²¹

Con un sentido crítico que para Henry Wagner resulta admirable,²² el padre Burriel

²¹ *Ibid.*

²² Wagner, *Cartography*, t. I, p. 154.



Figura 77. La “Carta general de los descubrimientos del almirante de Fonte y de otros navegantes españoles, ingleses y rusos . . .”, publicada por Joseph Nicholas De L’Isle en París, 1752. En ella, de acuerdo con lo postulado por él y su cuñado Philippe Buache de la Neuville, se da entrada a una serie de elementos imaginarios, como el “mar del Oeste” y los lagos “Valasca” y “Bernarda”, con otra serie de pretensiones derivadas, según el cosmógrafo, de testimonios del “almirante Bartolomé de Fonte”. Ésta fue la carta que sirvió de base a los editores del trabajo del jesuita Burriel, para sustituir la que él había preparado con el fin de incluirla en la obra *Noticia de la California*, Madrid, 1757.

no sólo elaboró ese mapa sino que dio razón puntual de cómo y por qué lo delineó tal como lo ofrece. No siendo aquí posible repetir el elenco de las fuentes que empleó ni sus argumentos para tomar de ellas determinados datos, antes de remitir al lector a la reproducción que se incluye en este libro, no precisamente de ese mapa sino de otro con que se le sustituyó en la edición de la *Noticia de la California*, importa sobremedera aducir una carta de Burriel —de fecha 3 de febrero de 1758— dirigida al académico de la historia, Ignacio de Hermosillo y Sandoval. En ella se queja el editor de la *Noticia de California* de que otro de los académicos que revisaron su trabajo, Francisco de Rivera, en vez de disponer se incluyera, tal cual, el mapa que con tanto esfuerzo había preparado, hubiera puesto como apéndice otro “que es copia del de monsieur Buache, de quien me burlo . . .”²³

²³ Burriel, “Carta . . .”, incluida en Burrus, *Cartografía jesuítica mexicana*, t. I, p. 210.

Para comprender lo expresado aquí por Burriel es necesario aludir a un cartógrafo del que ya hemos hablado, Joseph Nicolas De L’Isle. Éste y su cuñado, Philippe Buache, apoyados en testimonios apócrifos, como una relación del supuesto viaje del almirante Bartolomé de Fonte, habían comenzado a difundir desde pocos años antes varias fantasías en relación con el noroeste de América. Así en la “Carta général des découvertes de l’Amiral Fonte”, publicada en 1752, habían incluido, más al norte de California entre los grados 44° y 45° una gran entrada del Pacífico, a la que llamaron “mar del Oeste”. Y todavía, en región más septentrional, dieron lugar a otros dos supuestos grandes lagos, uno llamado “de Valasco” y otro, que va más allá del círculo polar, el “lago Bernarda”.

Por su parte los que sustituyeron el mapa de Burriel por otro, que fue el que se imprimió en la *Noticia*, el inspirado en la carta de De L’Isle-Buache, además de incluir



Figura 78. El “mapa sustituto”, incluido arbitrariamente por los revisores y editores de la obra que había dispuesto el jesuita Andrés Marcos Burriel *Noticia de la California*, Madrid, 1757. Fuera de la correcta delineación de California como península, las fantasías se acumulan en el mapa, como la del “mar del Oeste” y los lagos “Valasca y Bernarda”. Si cabe, aún más imaginativa es esta carta que la que fue su modelo, o sea la de De L’Isle (París, 1752). A pesar de sus aberraciones, este “mapa sustituto” se dedicó pomposamente “Al rey Nuestro Señor, Don Fernando Sexto, Patrono liberalísimo de todas las misiones de sus dominios”. Lo grabó Manuel Rodríguez.

a California como península, y asimismo buena parte del territorio de México, a la par que registraron los descubrimientos de los rusos y el del fantasioso “almirante Bartolomé de Fonte”, introdujeron también los imaginarios “mar del Oeste”, “lago Valasco” y “lago Bernarda”.

Resulta curioso, a la luz de todo esto y de lo que Burriel expresamente notó en su Introducción al volumen III, de Apéndices de la *Noticia* . . . —donde dice que se ha apartado de De L’Isle y Buache y pone en duda el relato de Fonte—, que el eminente Henry Wagner sostenga precisamente lo contrario. En su opinión:

Para el mapa general, del que dice es semejante al de Buache, hizo uso respecto de la carta, de

las mismas fuentes que empleó para el mapa de California [otro de los incluidos en la *Noticia* . . .] hasta la altura de cabo Blanco . . .

Para el Pacífico norte, afirma que primero usó un mapa de Bellin y, para la carta, las relaciones de los viajes rusos desde 1775 . . .²⁴

En verdad suenan gratuitas estas aseveraciones cuando leemos lo expresado por Burriel:

Buache de quien me burlo . . . Yo me quejé agríamente de que de mis apéndices se hubiese borrado todo lo que hacía más curioso y estimable mi trabajo y, entre otras cosas, la gracia de enmendar toda la plana a monsieur Bellin . . .²⁵

²⁴ Wagner, *op. cit.*, t. I, p. 154.

²⁵ Burriel, *op. cit.*, p. 210-221.

Cabe decir al menos respecto del "mapa general" con el que se sustituyó arbitrariamente al hoy desaparecido de Burriel que, si en él se dio entrada a fantasías, por otra parte quedó delineada California como península. De los otros tres mapas incluidos en el volumen III de la *Noticia . . .*, uno es una representación bastante esquemática de la Nueva España y California como península, preparado con base en otro que recibió de un misionero cuyo nombre no se da. Otro es copia del de Consag (1746) y finalmente uno más tuvo como inspiración, según se indica en él, una carta "hallada por el almirante Jorge Anson en el galeón de Philipinas que apresó". Este mapa abarca el litoral californiano del Pacífico desde cabo San Lucas hasta "punta de los Reyes" en 39°.

A los anteriores mapas, incluidos con los apéndices en el citado volumen III, deben añadirse los otros dos que aparecen al fin del segundo volumen de la *Noticia . . .* Uno, en el que al presentarse todo el Nuevo Mundo, se delineaba a California como isla, y que se inspira en la cartografía que por mucho tiempo prevaleció. En particular la toponimia registrada y la delineación de dicha carta la asemejan a una debida a Matheus Seutter, *Novus Orbis sive America Meridionalis et Septentrionalis* (Ausburgo, hacia 1730).

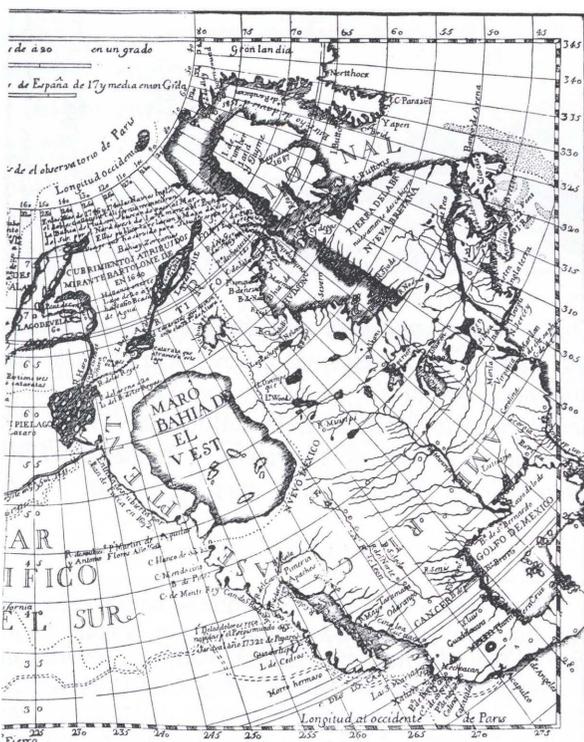


Figura 79. Detalle del "mapa sustituto".

La carta de Seutter se deriva a su vez del modelo de las de Sanson, ya consideradas en el capítulo cuarto de este libro. La idea de incluir el mapa con California como isla fue probablemente mostrar la antigua concepción geográfica. Y como para proclamar que tal error geográfico había sido ya superado, se ofrece a continuación un hermoso mapa con diez cuadros que ilustran las realidades californianas y que representa a la península con indicación de sus misiones y su término septentrional en cerca de 33°, donde se sitúa el desemboque del río Colorado. Una leyenda en la parte central inferior expresa: "Mapa de la California, su golfo y provincias fronteras en el continente de Nueva España".

La obra de Burriel-Venegas, a pesar de las alteraciones que sufrió, llegó a ejercer considerable influencia. Ello explica que se tradujera y publicara en inglés (Londres, 1759), holandés (Haarlem, 1761-62), francés (París, 1767) y alemán (Lemgo, 1769-1770). En dicha obra, además de hacerse la historia de las misiones jesuitas en California, se pone de relieve la importancia de ese vasto territorio que, por su situación geográfica, era clave para el intercambio con las islas del Pacífico, con China y Japón, y asimismo para llevar a cabo el avance hacia el norte y descubrir en su plenitud el perfil noroccidental del Nuevo Mundo.

Otras delineaciones geográficas, enviadas a Burriel cuando ya se había publicado su obra, merecen ser mencionadas aquí. Se trata de cuatro esquemáticas cartas que el procurador de las misiones de California, padre Juan de Armesto, le remitió en 1759 junto con un texto intitulado "Adiciones a las noticias contenidas en la descripción compendiosa de lo descubierto y lo conocido de la California".²⁶ Dicho escrito, tenido por anónimo, al igual que las cuatro delineaciones, puede afirmarse que se debieron al célebre misionero y cronista de California, Miguel del Barco. Esta aseveración se basa en la comparación de dicho texto con el manuscrito de Barco en el que incluyó éste, hallándose en el exilio, sus copiosas "Adiciones y correcciones a la *Noticia de la Ca-*

²⁶ Este opúsculo, con las delineaciones, ha sido publicado en versión inglesa por Homer Aschmann bajo el título de *The Natural and Human History of Baja California*, Los Angeles, Dawson Book Shop, 1966.

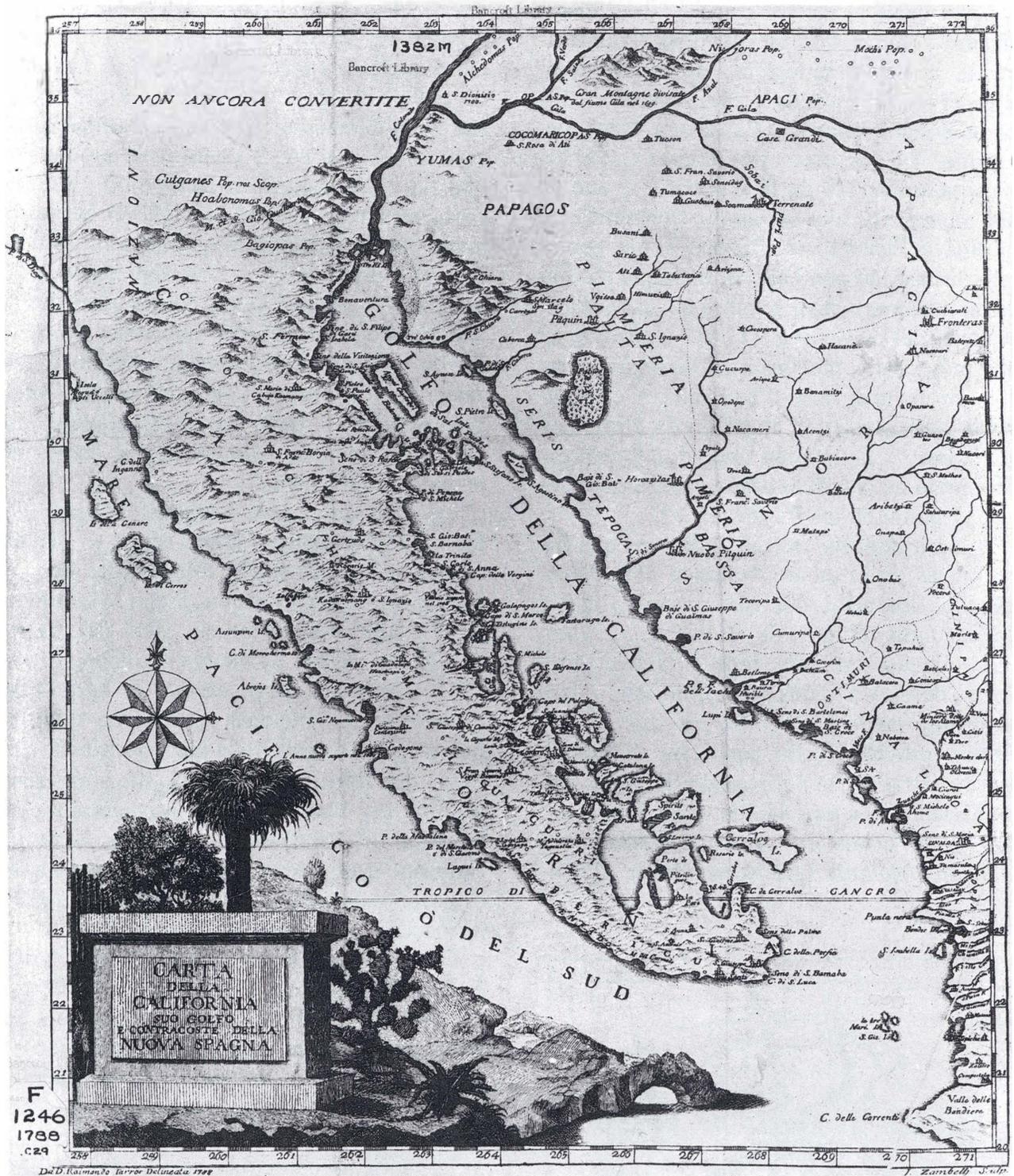


Figura 80. El mapa de California que, años más tarde (1788), se incluyó en la edición póstuma de la *Storia della California* de Francisco Xavier Clavigero, Venecia, 1789. Éste se asemeja mucho a la carta holandesa de Isaak Tirion, publicada en Amsterdam, 1765, lo que hace pensar en un origen común, en el que se describe más adelante, o sea el dispuesto por el padre Burriel para la *Noticia de la California* (1757). En el extremo inferior izquierdo se indica que la carta que apareció en la obra de Clavigero la delineó en 1788 el padre Ramón Tarrós, jesuita de origen catalán, que tras residir en México, salió expulsado con los demás de su orden religiosa en 1767.

lifornia...”.²⁷ Además de la identidad de los rasgos caligráficos de ambos textos, su estilo y enfoque son en extremo parecidos. Las delineaciones, que aquí vuelven a reproducirse, abarcan la parte del litoral del Pacífico frente al que se hallaba la misión de La Purísima; la costa del golfo de Califor-

²⁷ Esta extensa obra de Barco, que se conservaba inédita, fue publicada por vez primera por Miguel León-Portilla bajo el título de *Historia natural y crónica de la Antigua California* (Adiciones y correcciones...), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, 1973. Una segunda edición ampliada con otros documentos, entre ellos el que se ha mencionado con las cuatro delineaciones: México, Universidad Nacional, 1988.

bién allí iba a establecerse otra misión pero ésta no ya por los jesuitas, sino hasta 1769 y por el franciscano Junípero Serra. De nuevo volvió Linck a cruzar la sierra pero esta vez con rumbo al noreste. Su meta era llegar por tierra al desemboque del Colorado. En busca de los mejores pasos para ir avanzando, despachó Linck a un grupo de indígenas como exploradores. Éstos tuvieron un encuentro con los de una ranchería. Uno de los cochimíes que habían sido enviados, recibió un flechazo que

se creyó ser de peligro. Tomaron los neófitos [es decir los del grupo de Linck] sus arcos para ponerse en defensa y lo hicieron con tanta valentía que, sin ser necesario disparar una saeta, pusieron en huida desordenada a los enemigos.²⁹

Siguiendo por la sierra, encontraron un hermoso arroyo y cerca de él sauces y abundantes pastos. La marcha se estaba efectuando a través de la que hoy se conoce como sierra de San Pedro Mártir. En un lugar en que había unas fuentes de aguas termales estuvieron bastante cerca del sitio en que, algunas décadas después, los dominicos fundaron precisamente la misión de San Pedro Mártir. Desde esas alturas, nos dice el jesuita explorador que

vi el golfo y, en el llano que ayer vieron los soldados, teniendo delante la relación del viaje por mar hecha por el padre Fernando Consag el año de 1746, y el mapa formado sobre sus noticias, creo estar ya enfrente de la ensenada de San Buenaventura porque cuanto el padre Fernando dice de esa ensenada, vi o supe después de los indios.³⁰

La llamada ensenada de San Buenaventura se encontraba un poco arriba del puerto de San Felipe, es decir en algo más de 31°. Linck manifiesta en su *Diario* que estaban casi seguros de que “el desemboque del río Colorado está muy cerca . . .”.³¹

Se planteó entonces un dilema a quienes iban al frente de esa expedición. De seguir próximos al mar tendrían que atravesar no sólo grandes arenales sino también marismas, precisamente por el rumbo de la que hoy se conoce como bahía Ometepe. Ello sería en extremo difícil.

²⁹ *Diario del Viaje . . . , op. cit.*, p. 30.

³⁰ *Ibid.*, p. 34-35.

³¹ *Ibid.*, p. 38.

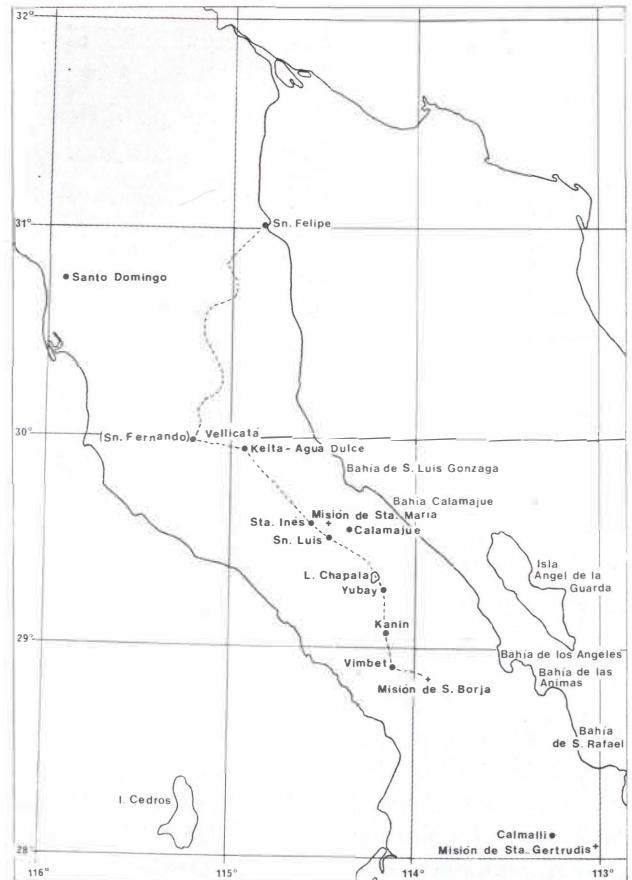


Figura 82. Derrotero de la expedición de Linck, 1766.

Añadióse a esto lo que los mismos gentiles nos aseguraron, pero al mismo tiempo nos dijeron que, por el rumbo de atravesar las marismas, nunca llegaremos.³²

La otra posibilidad para continuar, era yendo muy cerca de la sierra hasta llegar más al norte y:

salir de la península hasta topar con el colorado, y por su orilla bajar a su desemboque, lo que sería viaje de muchos días.³³

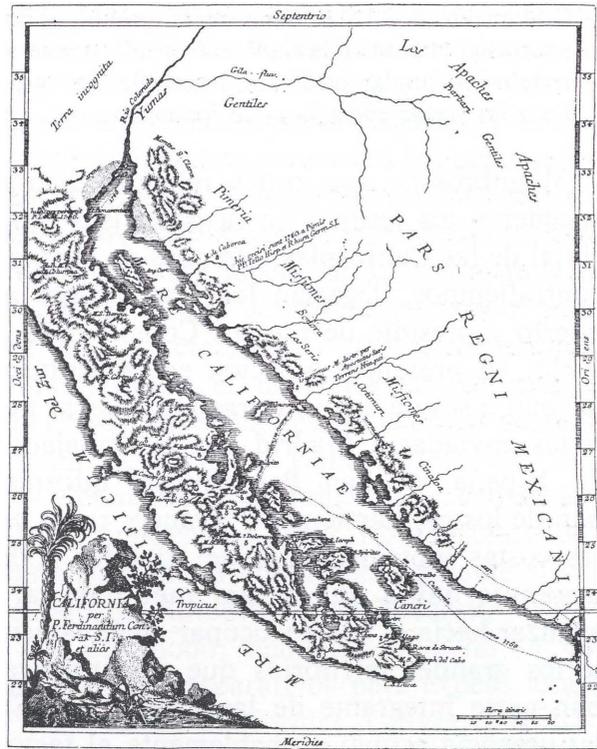
Confiriendo acerca de estas posibilidades se determinó a la postre que era ya imperioso regresar. Las bestias estaban casi sin cascos; los expedicionarios se habían alejado mucho con respecto a la última de las misiones, la de San Borja; la gente estaba muy fatigada y algunos hombres enfermos, y llegar al Colorado implicaba proseguir el viaje muchos días y aun tal vez semanas. De esta suerte se inició el retorno y, sin mayores contratiempos, Linck y su gente entraron de nuevo en la referida misión el 18 de abril de ese mismo año de 1766.

³² *Ibid.*, p. 39.

³³ *Loc. cit.*

Aunque pudiera pensarse que este viaje resultó fallido, puesto que no pudo alcanzarse por tierra el desemboque del Colorado, en realidad se siguieron de él consecuencias de interés. Por una parte consta que Linck, tanto por las observaciones que hizo desde la sierra, como por los informes que recibió de algunos indígenas, pudo comprobar que el mar de Cortés terminaba muy cerca del lugar al que habían llegado, precisamente en el desemboque del río Colorado. Por otra, se sabe asimismo que preparó algunos mapas que, aunque se desconoce hoy su paradero, fueron aprovechados por algunos cartógrafos. Su *Diario* sería también de gran utilidad, en especial para fray Junípero Serra que lo llevó consigo en su marcha desde Loreto hasta Velicatá, yendo con rumbo a San Diego en 1769.

Con el mismo propósito de continuar sus exploraciones, se preparaba Linck en 1767 para una nueva salida que no alcanzó a realizar debido a la expulsión de que fueron objeto él y los otros jesuitas de California. Años más tarde, hallándose en su tierra na-



Nota: Triplo latior et amplius descripta hic California est, quam re ipsa sit, ut scilicet aspectus melius pateat. Hinc scala horaria metiende, secundum longitudinem, tantum California ferat, non secundum latitudinem. Omnes etiam sunt longitudinis gradus, eo quod incerta illa adhuc sit.

Figura 84. Mapa de California incluido en la obra *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinseln Californien*, por el ex-jesuita Juan Jacobo Baegert, publicada en Mannheim, 1772, poco después de la expulsión en 1768 de los miembros de la Compañía de Jesús.

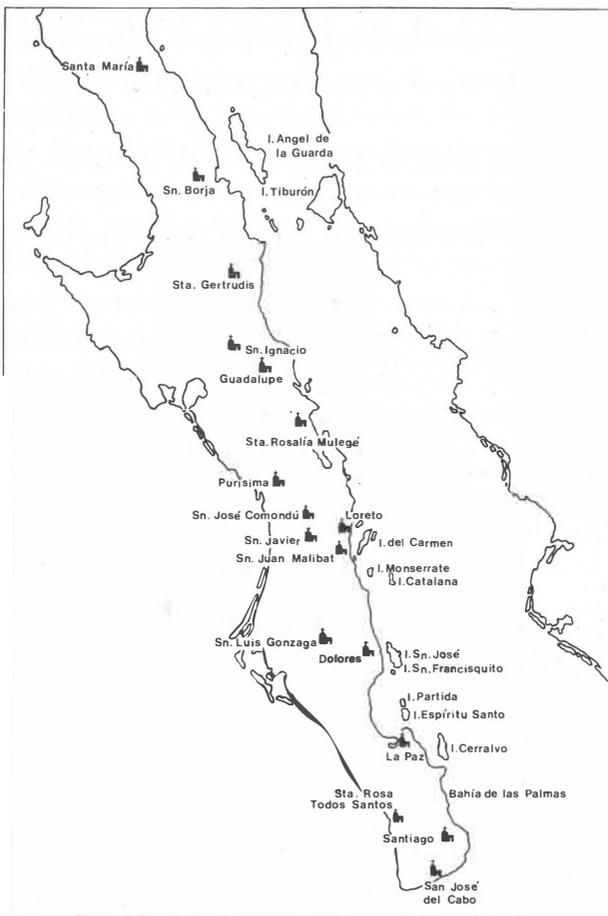


Figura 83. Las Misiones en California al salir de ella los jesuitas.

tal, Bohemia, escribió una carta acerca de sus experiencias en California que fue publicada por Christoph Gottlieb von Murr en su *Journal zur Kunstgeschichte und zur allgemeine Literatur*, segunda parte, Nuremberg, 1784. Gracias a esta publicación se difundieron aún más en Europa las noticias que deseaba propalar Linck sobre las realidades geográficas de esa península en la que él había laborado.

Resta sólo añadir que, si en el sitio nombrado Calamajué visitado por Consag desde 1753 y luego vuelto a explorar por Linck, se fundó, según ya dijimos otra misión, ésta no duró allí largo tiempo. El misionero que la tuvo a su cargo desde octubre de 1766, el padre Victoriano Arnés, al encontrar que era difícil subsistir en ese lugar, optó por emprender otra exploración. Localizó entonces un sitio que le pareció mucho más adecuado en las proximidades de un arroyo llamado Kabujakaamang. Allí trasladó su misión dándole el nombre de Santa María. Sucintamente lo registra Clavigero:

Esta misión de Santa María fue la última que los jesuitas plantaron en la California pues, cuando se trataba de fundar otra, una orden del rey puso fin a las tareas apostólicas de los misioneros...³⁴

Miembros de otra orden religiosa iban a suceder a los jesuitas en la conquista espiritual de las Californias. Después de algunos contratiempos, llegarían los franciscanos al puerto y presidio de Loreto. Como vamos a verlo, su presencia y acción en la península iban a ser de escasa duración. Nuevas noticias enviadas a Madrid por el embajador de España en San Petersburgo, informaban de los asentamientos y avances rusos en las costas septentrionales de América. Con urgencia había que tomar medidas para avanzar hacia el norte y ocupar efectivamente los grandes territorios que se consideraban parte integrante de las Californias. En tal urgencia estuvo probablemente el factor principal que determinó el cambio de asignación de los recién llegados franciscanos: a ellos correspondería fundar y tener a su cargo una cadena de misiones en la Nueva o Alta California.

Exploraciones y fundaciones en la Nueva o Alta California

Podría decirse que, así como todo lo hasta aquí expuesto guarda relación directa con el tema de este libro, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, lo que vamos a considerar a partir de este momento será en cierto modo complementario o periférico. Desde luego que en sentido estricto es correcta esta aseveración. Sin embargo, si se enmarca nuestro tema, como lo hemos venido haciendo, con amplio criterio y a la luz de una historia de interés universal, habrá que admitir que necesariamente importa conocer cuanto concierne a los descubrimientos que revelaron al fin, en su plenitud, el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. En la larga serie de exploraciones dirigidas a precisar las características de ese perfil, la California, Antigua o Baja, fue punto de partida y territorio clave. Al dudarse por tan largo tiempo si ésta era isla o península, se mantuvo abierta la cuestión de la posible existencia de un brazo de mar que comu-

³⁴ Francisco Xavier Clavigero, *Historia de la antigua o Baja California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, p. 228.

nicara con el supuesto estrecho de Anián, anhelada vía del Pacífico al Atlántico. Y desconociendo asimismo los extremos septentrionales de la Antigua California, continuaba sin respuesta la ya muy antigua cuestión de si el Nuevo Mundo y el Asia estaban o no separados en su extremo norte.

Por todo lo anterior —si bien en forma sucinta— se incluirá en este capítulo, que es el último de esta obra, un relato y una valoración que permitan ya situar luego adecuadamente, en su respectivo contexto, los principales hechos gracias a los cuales se tuvo al fin una imagen geográfica bastante aceptable del litoral de Norteamérica en el Pacífico, a partir del cabo San Lucas hasta Alaska. Desde la perspectiva hispano-mexicana paso fundamental en el logro de ello fue la entrada y las subsiguientes expediciones de los franciscanos, al lado de distintos oficiales reales, en la Nueva o Alta California.

Un año después de la salida de los jesuitas, es decir ya en 1769, tuvieron lugar va-

V O Y A G E E N C A L I F O R N I E

POUR L'OBSERVATION
DU

PASSAGE DE VENUS

SUR

LE DISQUE DU SOLEIL,

Le 3 Juin 1769;

Contenant les observations de ce phénomène, & la description historique de la route de l'Autour à travers le Mexique.

Par feu M. CHAPPE D'AUTEROCHE, de l'Académie Royale des Sciences.

Rédigé & publié par M. DE CASSINI fils, de la même Académie, Directeur en survivance de l'Observatoire Royal de Paris, &c.



COLECCION
CALIFORNIA
MEXICANA

A P A R I S,

Chez CHARLES-ANTOINE JOMBERT, Libraire du Roi pour l'Artillerie & le Génie, rue Dauphine, à l'Image Notre Dame.

M. DCC. LXXII.

AVEC APPROBATION, ET PRIVILEGE DU ROI.

Figura 85. *Portada de la obra póstuma de Jean Baptiste Chappe d'Auteroche, en la que se da cuenta de sus observaciones del paso de Venus por el disco del Sol en el año 1769.*

rios hechos en la California peninsular que trajeron consigo consecuencias en extremo significativas. Fue entonces cuando el astrónomo francés Jean Baptiste Chappe d'Aueroche y, con él, los españoles Salvador de Medina y Vicente Dos, así como el mexicano Joaquín Velázquez de León, pasaron a California y se situaron muy cerca de San José del Cabo con el fin de observar desde allí el importante fenómeno astronómico, visible desde ese lugar, conocido como "paso del sol por el disco de Venus".³⁵ Gracias a las observaciones llevadas a cabo pudo precisarse algo en extremo importante: la longitud de San José del Cabo, en 267° 52' 50" al este del meridiano de la isla de Fierro en las Canarias, que era el que en esa época se tomaba como punto de referencia en la cartografía universal. Lo alcanzado corregía en tres grados y doce minutos la longitud antes asignada a San José del Cabo. Paso complementario fue que pudo calcularse luego la longitud correspondiente a cabo San Lucas, a partir de la cual se habían estado midiendo las longitudes de todos los puntos descubiertos hacia el norte.

Otro hecho, también de gran relevancia para cuanto luego ocurrió, fue la llegada a México del visitador José de Gálvez desde 1765. Compleja era su misión. En las instrucciones que traía sobresalían lo tocante a las formas de incrementar los ingresos del real erario, promoviendo para ello una más amplia explotación de recursos como el de la minería, y examinando todo lo relativo a la real hacienda en la Nueva España. En sus instrucciones, y en lo que le fue informado sobre todo por el virrey marqués de Croix, ocupaba también lugar de gran importancia la reorganización y defensa de las llamadas provincias internas, es decir, de los grandes territorios septentrionales. De modo particular se le confiaba a Gálvez atender a la situación de las Californias respecto de las cuales, según se sabía, existía el peligro de penetraciones rusas y de otras naciones.

Entregado a cumplir febrilmente con lo que se le había confiado, Gálvez actuó asi-

mismo con gran decisión en el espinoso asunto de la expulsión de los jesuitas, que en el caso de California se llevó a cabo a principios de 1768. Enseguida el visitador se abocó ya a atender lo concerniente a las provincias septentrionales. Para tal fin decidió, en primer lugar, marchar con rumbo a California. En mayo de ese mismo año llegó al puerto de San Blas que consideró adecuado para que en él se creara un "Departamento marítimo", desde el cual habrían de partir numerosas expediciones al Pacífico septentrional. De hecho el Departamento de San Blas, debidamente acondicionado, con su astillero, almacenes y otras instalaciones, cobraría su máxima importancia durante el virreinato de Antonio María Bucareli.

De este modo, habiendo iniciado ya en San Blas los preparativos para expediciones al norte de las Californias, Gálvez se trasladó a la península. Allí se estableció por un tiempo en el real de minas de Santa Ana, situado al sur. Persuadido de que los jesuitas habían estorbado, con su afán de aislamiento, el desarrollo de las Californias, concibió un ambicioso plan de expansión en el que entraban como piezas claves las Californias, Sonora y Nuevo México. Él mismo pasaría algún tiempo después a Sonora para conocerla en forma directa y proceder a su pacificación. Por el momento su interés se centró en las Californias.

Así, desde Santa Ana, escribió al padre Serra que fungía como presidente de las misiones californianas y residía en Loreto. En esa su carta del 22 de julio de 1768, sin previas consideraciones, entraba en materia y manifestaba a Serra:

Supuesto que, en cumplimiento de lo mandado por el Rey nuestro señor, está dispuesto que los dos paquebotes nuevos, *San Carlos* y *San Antonio*, hagan viaje al puerto de Monterrey, luego que vengan del de San Blas al de La Paz, de esta península, donde iré, mediante Dios, a despacharlas, participo a Vuestra Reverendísima esta noticia y al mismo tiempo le encargo que desde luego se sirva destinar dos padres misioneros, los que juzgare más a propósito para que vayan a la expedición en los dos paquebotes . . .

Además del viaje marítimo a Monterrey, está determinado también que se haga otro por tierra desde la última misión del norte y, conviniendo en mi dictamen que vaya un padre misionero, de los más prácticos en el ministerio, para que, al paso por los terrenos que se transitan, pueda reconocer y observar los proporcionados a estable-

³⁵ Véanse: Doyce B. Numis, *The 1769 Transit of Venus, the Baja California Observations of Jean-Baptiste Chappe d'Aueroche, Vicente de Doz y Joaquín Velázquez de León*, Los Ángeles, Natural History Museum, 1982. Asimismo: Roberto Moreno de los Arcos, *Juan Velázquez de León y sus Trabajos Científicos*, México, Universidad Nacional, 1977.

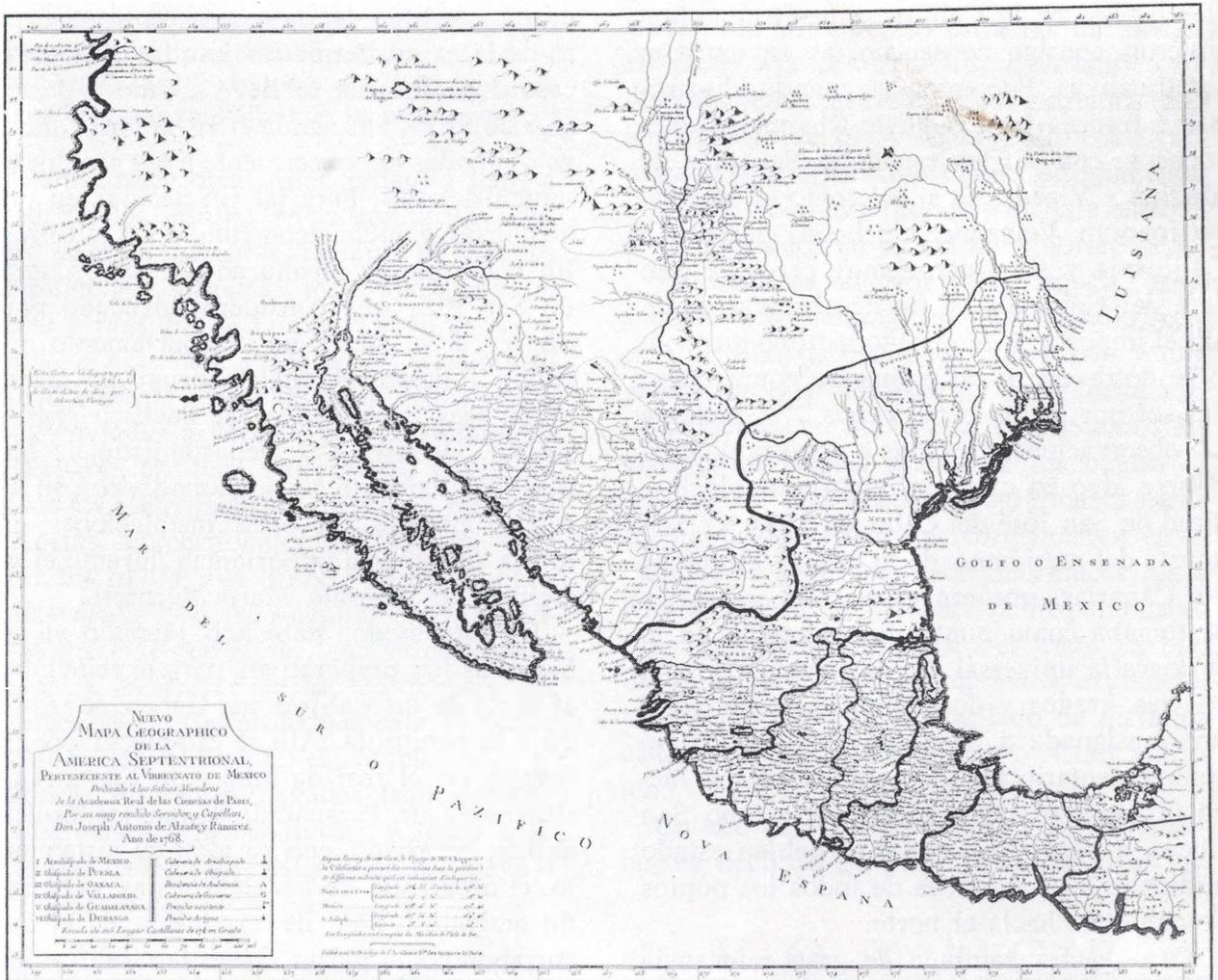


Figura 86. Mapa preparado por Joseph Antonio Alzate y Ramírez en 1768 y dedicado a los miembros de la Academia Real de Ciencias de París. Fue grabado en París y en Madrid. Es de notar la inscripción frente a los litorales californianos del Pacífico: “Esta costa se ha dispuesto por el único reconocimiento que se ha hecho de ella en el año 1602 por Sebastián Vizcaíno”. Puede decirse que este mapa refleja la imagen geográfica que se tenía de California al tiempo de la expulsión de los jesuitas.

cer después misiones avanzadas hasta darse la mano con la de Monterrey . . .³⁶

Como puede verse, Gálvez estaba decidido a poner en ejecución sus proyectos. Comprendían ellos además abrir una escuela en Loreto para preparar allí marinos y pescadores. Serra, por su parte, trasladándose al real de minas de Santa Ana, conferenció allí con Gálvez. Detalladamente se planearon entonces las expediciones al norte, por mar y tierra. El cronista fray Francisco Palou, compañero de Serra, asienta:

Quedaron convenidos en que, por mar, con los dos paquebotes, irían tres misioneros, y uno con el paquebote que saldría después y que, por tie-

rra, fueran dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente [o sea fray Junípero] con el segundo y el señor comandante de la expedición [que iba a ser Gaspar de Portolá].

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterrey, con el título de San Carlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos . . .³⁷

Con gran celeridad se dispuso todo lo necesario. A principios de 1769, reunidos en el puerto de La Paz, Gálvez y Serra, vieron cómo zarpaba con rumbo a San Diego el paquebote *San Carlos* a las órdenes del piloto de la real armada Vicente Vila. En esa embarcación partieron además el padre fray Fernando Parrón y, con Pedro Fagés, como

³⁶ “Carta de José de Gálvez a fray Junípero Serra”, Santa Ana, California, 22 de julio, 1768, *Archivo Histórico, Museo Nacional de Antropología, Fondo Franciscano*, v. 65, fol. 174-180.

³⁷ Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del padre fray Junípero Serra*, Prefacio e introducción por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 49.

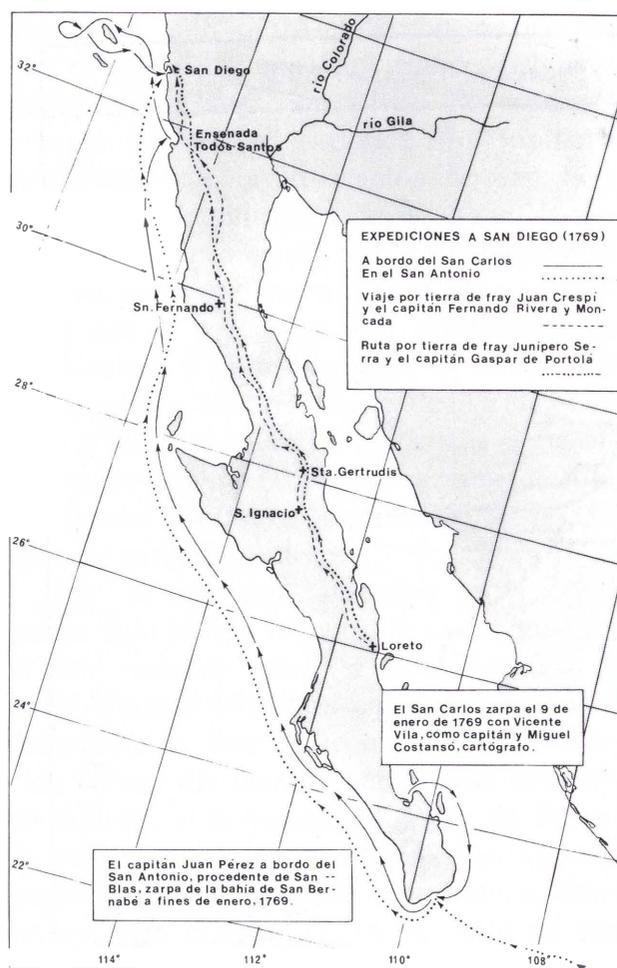


Figura 87. Derrotero de las expediciones por tierra y mar hacia el puerto de San Diego (1769).

teniente, una compañía de veinticinco voluntarios de Cataluña. Iba también a bordo el ingeniero y cartógrafo Miguel Costanzó, que sería el primero, desde el viaje de Vizcaino, que iba a preparar nuevas cartas de la Alta California.

El segundo de los paquebotes, el *San Antonio*, alias *El Príncipe*, no pudiendo llegar a La Paz por los vientos contrarios, se dirigió a cabo San Lucas. Enterado de esto, Gálvez que estaba para salir en otro barco, con rumbo a Sonora, alcanzó a informar de ello a Serra. De este modo ambos, trasladados a cabo San Lucas, pudieron despachar al *San Antonio*. Salía éste al mando del célebre marino de nombre tan común, Juan Pérez. Los dos frailes acompañantes eran Juan Vizcaino y Francisco Gómez.

Serra, que hubo de regresar a Loreto, mientras Gálvez marchaba hacia Sonora, dispuso todo para su gran expedición por tierra hasta San Diego. Antes que nada, hizo entrega de las misiones peninsulares a su compañero fray Francisco Palou. De acuerdo con lo previsto, salió de Loreto una

primera expedición el 26 de febrero de 1769. Al frente de ella iba el capitán y antiguo gobernador Fernando Rivera y Moncada que, según vimos, había acompañado al padre Linck en su exploración de 1766. Esta vez iba con Rivera y Moncada un franciscano, fray Juan Crespí, discípulo de Serra. Según el relato de Palou, marchaban también

veinticinco soldados de cuera [así nombrados por las prendas de cuero con que se protegían de las espinas de arbustos y cactus], tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios, para gastadores [soldados que marchan abriendo camino], ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados de arco y flechas...³⁸

Finalmente la expedición en la que salió Serra, estaba comandada por el capitán de dragones y gobernador de California, Gaspar de Portolá. Serra, según lo refiere Palou, padecía de una llaga e hinchazón de pie y pierna, no obstante lo cual ni por un momento dudó en ponerse en marcha para atravesar más de trescientas leguas hasta llegar a San Diego.

No es desde luego posible describir aquí los pormenores de las cuatro expediciones —dos marítimas y dos terrestres— que marcaron el comienzo de la tan deseada y tantas veces fallida o pospuesta expansión hacia el norte. Estando ampliamente documentadas, existen, por otra parte, varias obras dedicadas a describirlas.³⁹ Lo que aquí más nos interesa es enumerar las principales y más inmediatas consecuencias de las mismas.

Por una parte, fueron los dos paquebotes los primeros en llegar al puerto de San Diego. Henry Wagner, al preguntarse qué información llevaban para guiarse e identificar los diversos lugares por los que fueron pasando, señala como posibilidades, que se hubieran valido del mapa de California que publicó Burriel, incluido al final del volu-

³⁸ Palou, *op. cit.*, p. 53.

³⁹ En primer lugar está la ya citada *Relación histórica de fray Francisco Palou*. Como otras muestras, citaré el diario de Vicente Vila que navegó al frente del *San Carlos*, conservado en la Biblioteca Sutro (San Francisco, California) y publicado por Robert S. Rose bajo el título de *The portolá Expedition of 1769-1770, Diary of Vicente Vila*, Berkeley, University of California, 1911. También incluye importantes documentos sobre este tema, entre ellos el *Diario* de fray Junipero, Lino Gómez Canedo, O.F.M., *De México a la Alta California, una gran epopeya misional*, México, Editorial Jus, 1969.

avanzaron por tierra pudieron reconocer, por vez primera, una muy grande distancia desde Loreto hasta San Diego. En especial, a partir de Velicatá —donde fray Junípero estableció, bajo la advocación de San Fernando, la única misión franciscana en la península— nunca antes se había penetrado más adelante por tierra. Los diarios respectivos que se conservan son testimonios de gran valor. Y, por supuesto, la fundación de la misión de San Diego de Alcalá, que vino a ser la primera en la cadena de asentamientos prevista por Gálvez en la Alta California, marcó ya el comienzo de la tan deseada expansión al norte.

Una vez dispuesto, al menos provisionalmente todo lo que requería la nueva misión, el *San Antonio* volvió a San Blas. En él envió Vicente Vila otra carta precisamente del puerto de San Diego que había reconocido.⁴² Para dar cumplimiento a las órdenes de Gálvez, el gobernador Gaspar de Portolá, en vista de las circunstancias, se aprestó entonces a salir por tierra con rumbo a Monterrey. Ello ocurrió el 14 de julio de ese mismo año, o sea apenas dos semanas después de haber llegado a San Diego. Con él marcharon el ingeniero Miguel Costanzó, Pedro Fagés y seis de los voluntarios catalanes, el capitán Rivera y Moncada y el sargento José Francisco de Ortega con otros seis soldados más, quince indios de Baja California y otras gentes de servicio. Correspondió a los padres Francisco Gómez y Juan Crespí ir esta vez al lado de Portolá.

Como resultado de esta expedición pueden destacarse el reconocimiento, a lo largo del recorrido, de varios lugares para futuras posibles misiones, así como haber llegado de hecho al puerto de Monterrey, aunque Portolá y sus acompañantes lo pasaron de largo y se mantuvieron dudosos sobre si habían llegado él. Cabe recordar también que el sargento Ortega, avanzando más al norte, descubrió otra gran bahía, de la que se dijo que todos los barcos de Europa cabrían en ella y que, como se comprobaría en la expedición que se llevó a cabo el año siguiente, no era otra sino la de San Francisco.

Al regresar los expedicionarios a San Diego, a principios de 1770, encontraron que la situación prevalente allí era muy difícil.

Los indígenas se mostraron hostiles, las enfermedades habían causado muchos muertos entre quienes vivían en la misión y, para colmo de desgracias, no se habían recibido auxilios de San Blas. El gobernador Portolá envió entonces al capitán Rivera y Moncada a Baja California para obtener en la misión de San Fernando Velicatá algún auxilio. Así las cosas, la situación en San Diego se hacía cada vez más adversa. Discutieron el gobernador y el padre Serra sobre las medidas que debían tomarse. La conclusión fue que, si en unos cuantos días más no llegaba el auxilio deseado, sería necesario abandonar la misión. Tal cosa hubiera dado al traste con todo lo previsto y hubiera pospuesto, quizá por muchos años, la empresa diseñada por Gálvez. Para fortuna de todos, el 23 de marzo entró en la bahía de San Diego el paquebote *San Antonio* con suficientes provisiones.

Portolá quiso entonces llevar a cabo una segunda salida con rumbo a Monterrey y San Francisco. Menos de un mes después de la llegada del paquebote, el 19 de abril, se inició el viaje. En el *San Antonio*, a las órdenes del mencionado capitán Juan Pérez, salió esta vez fray Junípero. Por tierra marcharon el gobernador Portolá, el ingeniero Costanzó y otros, entre soldados e indígenas. Esta vez, el 24 de mayo, Portolá y Costanzó tuvieron la certeza plena de encontrarse en la bahía y puerto que Vizcaíno había descubierto y había llamado de Monterrey. Una semana después entraban en esa misma bahía Pérez y Serra a bordo del *San Antonio*. Lo tantas veces anhelado se convirtió en realidad. El 3 de junio de 1770 quedaban establecidos presidio y misión en Monterrey, esta última bajo la advocación de San Carlos. Otro fruto muy importante de esta segunda expedición fue la carta que, de regreso en México, dispuso el ingeniero Miguel Costanzó con base en sus observaciones directas y asimismo tomando en cuenta la información que tuvo al alcance, incluyendo buena parte de la toponimia del viaje de Sebastián Vizcaíno en 1602.

Aunque parezca casi increíble habían tenido que transcurrir ciento sesenta y ocho años para que, desde la Nueva España, volviera a hacerse una entrada en puerto tan importante. El mapa de Costanzó, que ostenta la fecha de 30 de octubre de 1770, lleva el

⁴² Vila se refiere a ella en *op. cit.*, p. 88.

curioso título de “Carta reducida del Océano Asiático o Mar del Sur que comprehende la costa oriental y occidental de la península de la California, con el golfo de su denominación, antiguamente conocida por la de mar de Cortés, y de las costas de la América Septentrional, desde el isthmo que une dicha península con el continente hasta el río de Los Reyes, y desde el río Colorado, hasta el cabo Corrientes”. Es interesante notar a propósito de este mapa de Costanzó, que en su versión original no se registra la bahía de San Francisco. En cambio, en la carta que se imprimió luego en Madrid, aparece ésta aproximadamente en 37° y medio. Resta añadir que, de regreso ya en San Diego, Portolá dejó para siempre las Californias y, por el camino de San Blas, regresó a México. Le sucedió como gobernador el comandante Pedro Fagés.

Con el establecimiento de las misiones y presidios de San Diego y Monterrey quedó abierto el camino para otras fundaciones

franciscanas en Alta California. En lo que concierne a la península, de ella saldrían poco después los franciscanos. Los dominicos, que los sustituyeron dieron origen a otra cadena de misiones, cercanas también a la costa del Pacífico. Al norte de la de San Fernando Velicatá, se establecieron las de El Rosario, Santo Domingo y otras varias, hasta las de San Miguel y Descanso, relativamente cercanas a San Diego. De este modo existió ya para siempre un corredor de fundaciones que venía a unir a las dos Californias. Cosa extraña es que, a pesar de que los dominicos establecieron dos misiones muy próximas a la Ensenada de Todos Santos —las de Santo Tomás de Aquino y la de San Miguel— nunca habilitaron un puerto en la referida Ensenada. Explicación que verosímelmente puede darse es la cercanía de San Diego que no parecía justificar la apertura de otro puerto en sus inmediaciones.

Disponiendo ya Serra de los misioneros que laboraban antes en Baja California, se

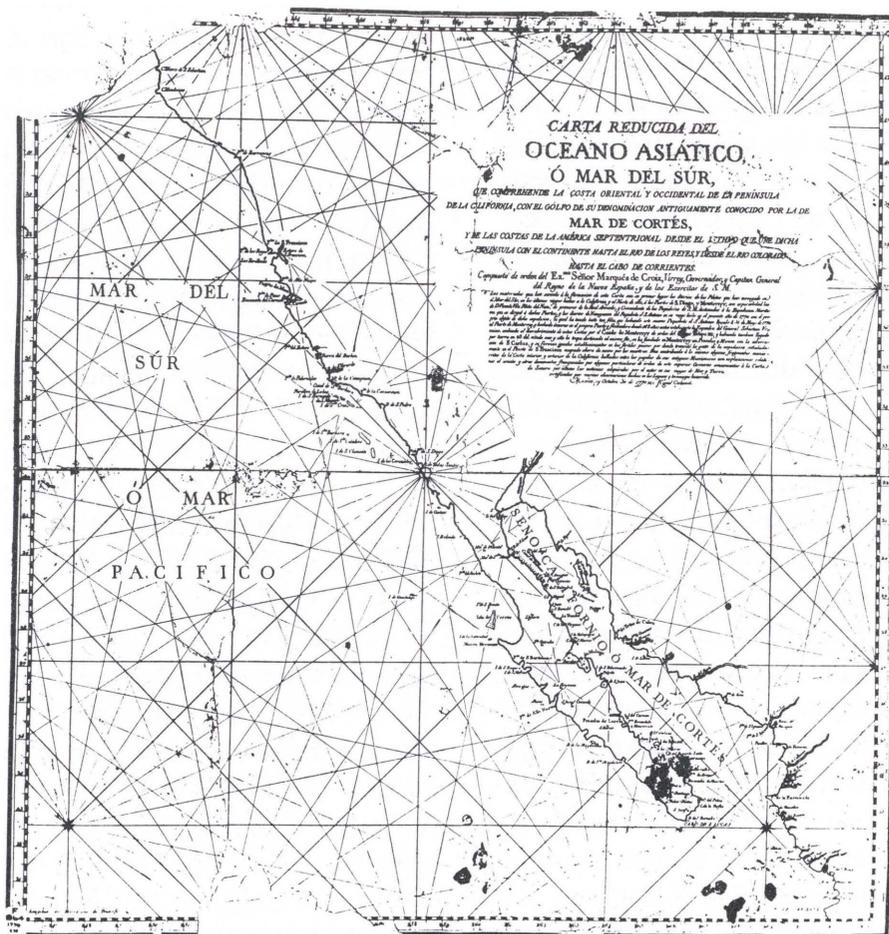


Figura 89. Mapa debido al ingeniero Miguel Costanzó que, con Gaspar de Portolá, realizó, desde San Diego, una expedición hasta los puertos de Monterrey y San Francisco en 1770. El mapa llega a los 43° pero el último topónimo que registra es “cabo Blanco” en 42° .



Figura 90. Las expediciones de Juan Bautista de Anza.

procedió a la apertura sucesiva de las misiones de San Antonio de Padua (1772), San Luis Obispo, en la cañada de los Osos (1772), y de San Gabriel, que hoy queda en un suburbio de Los Angeles (1771). En ese año Serra, que había tenido su residencia en Monterrey, regresó a San Diego y de allí pasó a México para buscar nuevas formas de apoyo a sus misiones. No siendo nuestro propósito, según se ha manifestado, rebasar los límites de este libro atendiendo en sus pormenores a los sucesos de la Alta California, bastará con referir de manera sumaria la forma como se fue consolidando la acción misional en la misma y se lograron otras vías de comunicación con la Nueva España.

Desde 1771 otro franciscano, fray Francisco Garcés, siguiendo las antiguas rutas del padre Kino, había avanzado desde la Pimería hacia el poniente con rumbo al Colorado. Después de varias expediciones desde su misión de San Javier del Bac —inmediata a Tucson—, emprendió otra salida de mayor importancia en agosto de 1771. Entonces, al llegar a la confluencia del Gila y el Colorado, bajó por este último, para pasar

luego a lo que hoy es el norte de Baja California y llegar a Cerro Prieto en el valle de Mexicali. Lo alcanzado por el padre Garcés redobló el incentivo de pasar por tierra a Alta California, como se lo había propuesto el capitán Juan Bautista de Anza, que por ese entonces residía en Sonora.

Con aprobación del virrey Bucareli, partió éste en 1774 en busca de una ruta por tierra hacia California. Su intención era llegar no sólo a San Diego sino a Monterrey. Después de cruzar el río y desierto del Colorado y pasar cerca de las faldas del monte de San Jacinto, continuando su marcha, llegó al fin a la misión de San Gabriel, fundada desde 1771. En tanto que parte de sus acompañantes permaneció allí, Anza se dirigió a Monterrey. A esta expedición siguió otra en 1775 en la que, desde el presidio de Tubac en la Pimería, llevó Anza consigo a buen número de colonos que deseaban es-

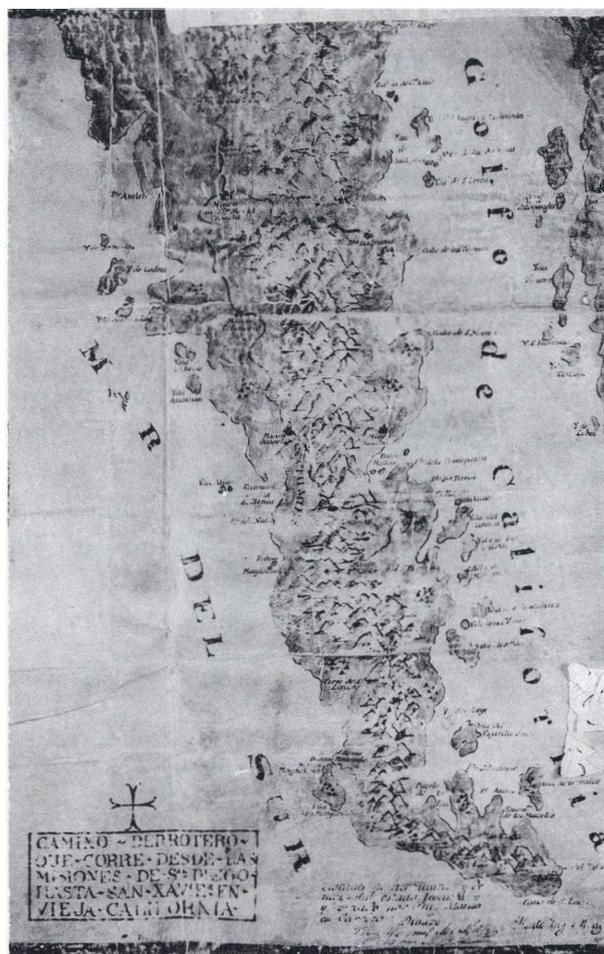


Figura 91. Mapa derrotero dispuesto por un misionero franciscano. En él se indica que se señala el camino desde la misión de San Diego hasta la de San Xavier en la Vieja California, lo cual es inexacto ya que en la realidad sólo se abarca desde el extremo sur de la península hasta aproximadamente 30°.

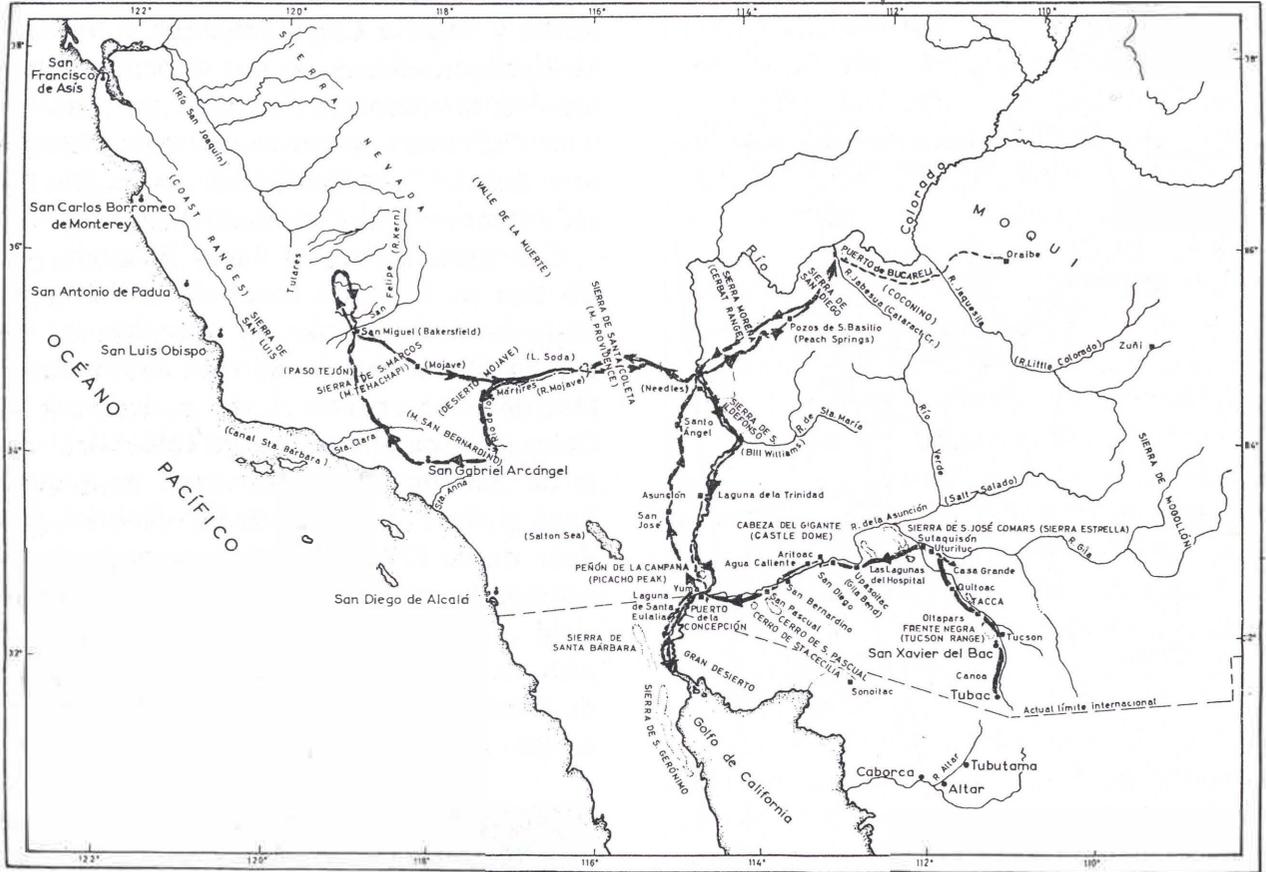


Figura 92. Mapa de las expediciones del padre Francisco Garcés.

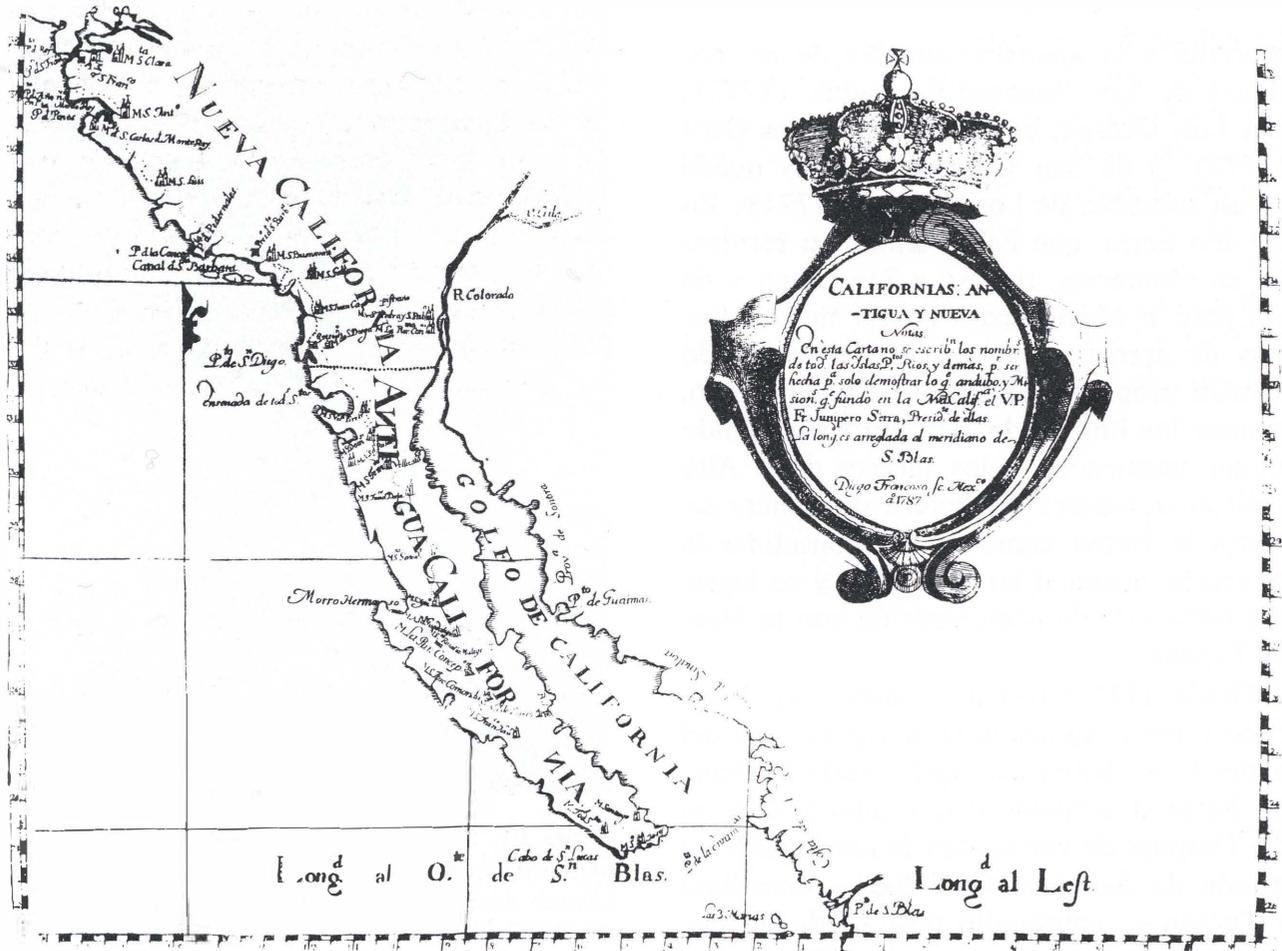


Figura 93. Las misiones franciscanas, según el mapa incluido por Francisco Palou en su Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra, México, 1787.

tablecerse en Alta California. Con Anza marchaba fray Pedro Font, matemático y cartógrafo, que iba a elaborar otra importante carta. La expedición, superando peligros y dificultades, llegó a Monterrey. El gobernador Rivera y Moncada, que había sucedido a Fagés, y que residía en ese puerto, no se mostró particularmente entusiasta con los expedicionarios. Monterrey mantenía una subsistencia precaria. Anza decidió proseguir su marcha a la bahía de San Francisco, dejando en Monterrey a la mayoría de quienes habían venido con él.

Avanzando hacia el norte, llegó a fines de marzo de 1776 al puerto de San Francisco. Cuando regresó al presidio de Tubac en la Pimería, dejó encargado de la que sería fundación en San Francisco a su lugarteniente José Joaquín Moraga. Éste, de acuerdo con el gobernador Rivera y Moncada, procedió a erigir allí nuevo presidio y misión. Correspondió a los padres Francisco Palou y Pedro Benito Cambón tomar parte activa en dichos establecimientos. En tanto que el 17 de septiembre del mismo año se erigía el presidio, el 9 de octubre quedaba establecida la misión de San Francisco de Asís. Con ello culminaba en buena parte el sueño de Gálvez de extender la presencia hispana por el norte de las Californias. Otras misiones se continuaron fundando en sitios como San Juan de Capistrano (1776) y Santa Clara (1777).

El avance y la posesión efectiva de las Californias hasta cerca ya del paralelo 38° eran realidad cumplida. Sin embargo, en

contraparte, las penetraciones por rumbos relativamente próximos, de rusos e ingleses, continuaban en aumento. Ello iba a obligar a la corona y al virreinato a tomar nuevas medidas, consistentes sobre todo en despachar desde el puerto de San Blas varias expediciones marítimas. Con ellas, más que consolidarse las pretensiones españolas de posesión en el extremo noroeste del continente, se logró un efectivo reconocimiento de esas latitudes y la subsiguiente delimitación de mapas gracias a los cuales pudo al fin completarse la imagen geográfica del Nuevo Mundo. Y aunque a tan importante logro contribuyeron también rusos e ingleses, no cabe duda que el mérito principal lo tuvieron españoles y mexicanos. Sobre el desarrollo de esas expediciones, a las que se debieron las nuevas demarcaciones de los litorales en el noroeste de América septentrional, con sus correspondientes repercusiones en la cartografía universal, versa el siguiente apartado. Se ofrece éste a modo de conclusión porque precisamente en él se llega al término de esta historia. Conocidas ya, al menos en sus perfiles geográficos, las Californias, desvanecidas para siempre las quimeras de la insularidad y del estrecho de Anián, la cartografía acerca del continente americano y, de modo más amplio, la cartografía universal, eran por fin espejo de realidades recién descubiertas. A partir de entonces y, sobre todo dentro ya del siglo XIX —en la geopolítica de las grandes potencias—, se jugaría el destino de las Californias y de los vastos territorios al norte de ellas, incluyendo, por supuesto, a Alaska.

